

HAY CRÍMENES QUE MERECEAN SER OLVIDADOS



EL ASESINO
DEL VÍA CRUCIS

MARCOS NIETO PALLARÉS

**NOVELA
NEGRA**

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: El asesino del vía crucis

© Marcos Nieto Pallarés.

Marzo 2020.

Edición y maquetación: Trabajobbie.

El de la locura y el de la cordura son dos países limítrofes, de fronteras tan imperceptibles que nunca puedes saber con seguridad si te encuentras en el territorio de la una o en el territorio de la otra.

Arturo Graf

*A mis hijos.
A Marta Martín Girón, el amor de mi vida.*

Esta es una obra de ficción. Las opiniones, creencias o pensamientos de sus personajes, no se corresponden necesariamente con las del autor.

EL ASESINO DEL VÍA CRUCIS

MARCOS NIETO PALLARÉS

EL INICIO DE LAS CONDENAS

«Habr  más muertes. Un homicidio así siempre tiene una segunda parte», rememoró mientras seguía las indicaciones del navegador. Palabras que surgieron de mi boca nada más ver el primer cuerpo: un cadáver fustigado con vehemencia, hallado en una casa abandonada a las afueras de Pittsburgh. Su espalda no era más que un cúmulo de pellejos, y su cuerpo, reposado sobre un pilón de madera, permitía ver con todo lujo de detalle los cortes que le habían causado la muerte. Bajo el maltratado organismo, un mensaje pintado en rojo, rubricado con los fluidos del propio muerto: «AQUÍ SE INICIAN LAS CONDENAS».

Esta vez el GPS me condujo a las entrañas de la ciudad, a un callejón mugriento y sombrío. Desde el inicio del mismo y a su fin, pude ver la silueta de mi compañero. Le escoltaban los habituales agentes de a pie y, cómo no, Stevens, nuestro forense «habitual».

Traspasó la cinta amarilla que acordonaba la entrada no sin antes abastecerme de alcohol. La migraña no debía entorpecer mi actuación una vez entrase en modo observador; necesitaba esos instantes de calma.

Avanc  sobre el húmedo pavimento arropado por los brillos que las farolas dejaban en charcos y tuberías de metal, guarecido por escaleras de emergencia a mi cabeza, por la luna y su resplandor, que desde las alturas iluminaban aquello que aún no alcanzaban a esclarecer los focos portátiles. Un gato negro cruzó la callejuela justo antes de que llegara a la escena del crimen.

« Se avecina mala suerte? —Sonreí—. No. No creo en la buena ni en la mala ventura. Pienso que en la vida hacemos o no hacemos, nos movemos o nos quedamos quietos. Nada ocurre porque s ; todo sucede por algo. La existencia es solo la coctelera que mezcla nuestras acciones; dependiendo de lo agitado, su licor es más dulce o más amargo. La buena fortuna se gana, no se recibe. Lo que muchos denominan suerte es en realidad trabajo, interacción, buen hacer, méritos, audacia..., valor.»

Lo primero que vi mientras saludaba a los presentes, fue una cruz pintada en la pared que remataba el callejón.

« Religi n? —pensé entretanto inspeccionaba la escena.»

Dentro del símbolo, como en el anterior asesinato, hall  una inscripción grabada en sangre: «APECHARÁN CON SUS CARGAS, Y POR ELLAS MORIRÁN». Ante el fresco, un hombre de rodillas, desangrado, apoyado contra la pared con varias puñaladas en los hombros.

No fluía líquido de las heridas. El rojo que tiempo atrás descendí bañando sus axilas, lucía ahora de un granate oscuro y apagado. Parecían nacerle del sobaco estalactitas de pelo firmes y secas, afiladas como el cuchillo que había destrozado su cuerpo. En el suelo tampoco se advertía una sola salpicadura de sangre; claro estaba, que aquel pobre diablo no había fallecido all , bajo esa cruz que se «erigía» sobre su espalda curvada.

Dan se limitaba, al igual que yo, a observar cada elemento de la espeluznante escena. Mientras tanto, en silencio y como siempre eficiente, el forense inspeccionaba el cadáver. Un hombre del montón, de aproximadamente un metro setenta y ochenta kilos, de pelo canoso, cuerpo rechoncho y

unos cuarenta y cinco años de edad.

—El *vía crucis* —susurró mi compañero.

—¿Qué?

—Nuestro hombre mata siguiendo las estaciones del *vía crucis* —reiteró alzando la voz, severo—. El primer cuerpo se encontró sobre un pilón de madera, flagelado y con la inscripción: «AQUÍ SE INICIAN LAS CONDENAS». —Me miró de soslayo y sonrió hosco—. Se nota que no eres religioso, Jeff. Escucha: Primera estación del *vía crucis*: Jesús es condenado a muerte. Y como supongo que ya sabrás, se llevó una buena tundra de latigazos. Segunda estación: Jesús lleva la cruz. Y la palabra ‘cruz’ se puede utilizar también para definir una ‘carga’, ¿entiendes?: *APECHARÁN CON SUS CARGAS* (sus cruces) —matizó—, *Y POR ELLAS MORIRÁN*. Es obvio que alguien se está tomando la justicia por su mano y que, además, dicha venganza está relacionada con el cristianismo.

—Me has dejado sin palabras —proferí asombrado—. Al final no vas a resultar ser tan tonto como pareces.

Dan no se inmutó. Sus facciones no mostraron emoción alguna.

«¿Las cosas no andan bien por casa, socio? —deduje ante su prolongada adustez.

»Todo cuadra. La primera frase da a entender que, al igual que lo fue Jesús, ambas víctimas fueron condenadas a muerte por algún motivo «especial». Y esa referencia a las «cargas/cruces» parece insinuar que los ejecutados arrastraban algún tipo de culpa.»

—¿Y cuál es la tercera estación? —pregunté sintiendo una gran curiosidad por el tema. Si aquello me ayudaba a atrapar al culpable, requería de toda mi atención.

—Jesús cae por primera vez.

—¿Y el total?

—El *vía crucis*, en su forma tradicional, consta de catorce estaciones:

Primera estación: Jesús es condenado a muerte.

Segunda estación: Jesús lleva la cruz.

Tercera estación: Jesús cae por primera vez.

Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre María.

Quinta estación: Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

Sexta estación: Verónica limpia el rostro de Jesús.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez.

Octava estación: Jesús consuela a las mujeres que lloran por él.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz.

Decimotercera estación: Jesús es descendido de la cruz y puesto en brazos de María, su madre.

Decimocuarta estación: Jesús es sepultado.

—¿Y se puede saber por qué sabes todo eso?

—Mis padres fueron creyentes y me instruyeron a conciencia sobre la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret. Además, fui monaguillo durante muchos años.

—¿Y tú crees en esas pantomimas? —pregunté al tiempo que advertía cómo el comisario Hopkins se nos acercaba en silencio por la espalda.

—No. Claro que no.

«Si nos ceñimos a la lógica —reflexioné al tiempo que advertía un notable incremento en mi estado de embriaguez—, nadie puede estar rigiendo este mundo, ni nadie haberlo creado. O al menos, no alguien con dos dedos de frente. Solo un descomunal chapucero podría haber engendrado semejante desfachatez, y no hablemos de su forma de administrarlo. No podemos estar peor hechos. Nos destruimos y todo lo que nos rodea; incluso vamos a cargarnos este planeta que con tanto amor nos cobija. Solo hay que echar un «poco» la vista atrás y ver lo que hicimos con el supuesto hijo de Dios. La verdad, no creo que ese tal Jesús vuelva a bajar del cielo a visitarnos. —No pude evitar sonreír ante mis extraños pensamientos—. Las religiones no son más que una excusa para matar, controlar y dominar al pueblo. Si alguien necesita encomendarse a algo o a alguien, creer o sentirse arropado ante una falta de cariño, no necesita cuatro paredes adornadas con estatuas de santos y vírgenes, y mucho menos escuchar sermones y sandeces varias.»

«Sandeces/Sanders —cavilé de nuevo sonriente—. Necesito ahogar estos desvaríos con urgencia. —Di un generoso y disimulado trago que dejó mi petaca vacía. Justo en ese instante, concluido el delicioso sorbo, el comisario apareció por mi izquierda.»

—Joder —musitó Stevens de rodillas ante el cuerpo.

—¿Qué has visto? —preguntó Hopkins encendiéndose un cigarro. Tras una prolongada calada, saludó, y sus palabras se mezclaron con el humo. La nube blanca escapó de su boca despacio, sin prisa, con calma, tan parsimoniosa como la atmósfera que nos cubría.

—Acercaos. Mirad. —El forense aparentaba estar sorprendido al tiempo que fascinado.

Obedecemos. Al arrodillarnos a su lado, abriendo la camisa de la víctima, nos mostró su estómago.

—¿Veis? —Señaló una herida con sutura que pintaba de rosa la piel mortecina del fallecido; línea que dividía su barriga en dos—. Tiene el vientre rígido y el corte es reciente, de una hora a lo sumo.

«Le han metido algo entre las tripas.»

ENTRE LAS TRIPAS

Todavía de cuclillas ante el cadáver, el especialista nos miró.

—¿Alguien va a pegar ojo con esta incógnita?

Su pregunta resultaba tan obvia que no obtuvo respuesta.

—Sé que es tarde, pero me voy directo a la sala de autopsias —dijo clavando sus pupilas en las de Hopkins—. Que la ambulancia no tarde, por favor.

El comisario asintió con firmeza; yo miré de soslayo a Dan.

—Vete a casa. Tienes una familia que atender. Te mantengo informado.

—Una mierda. —Sonreí; y es que adiviné su respuesta antes de recibirla—. Deja de tocarme los huevos, o cualquier día te suelto una hostia de las que hacen historia.

«Y con razón —pensé mientras observaba la mirada triste de aquel hombre bueno.»

—Por lo general, me centro en lo que se me da bien, compañero —dije guasón al tiempo que le guiñaba el ojo—, como tocarte la moral.

Al fin conseguí dibujarle una tímida sonrisa en el rostro.

Pasé por un bar a rellenar mi petaca. Empezaba a sentir un intenso «mono» de «medicación». Además, debíamos dejar pasar el tiempo: el cadáver todavía transitaba hacia la mesa de autopsias. Una vez superado dicho escollo temporal, y cuando a punto estábamos de alcanzar el centro forense, sonó mi móvil:

—No olvidéis las protecciones, que nos conocemos: bata, guantes, mascarilla, gafas de seguridad, gorro y calzado. Si no os equipáis como es debido, os echo a la puta calle.

—¡A sus órdenes, capitán! —contesté alzando las cejas, mirando a Dan con cara de no haber roto un plato en mi vida—. Está obsesionado con la moda forense, el colega. Igual cree que vamos a tocar al puto muerto...

—Aunque tú las ignores, existen normas, ¿sabes?

Dan no hacía más que confirmar, con cada una de sus palabras, su irascibilidad.

Obvié sus críticas. Apenas doscientos metros nos separaban de aquel cadáver hallado bajo una cruz, y de la sorpresa que alojaba dentro.

Nos colocamos las debidas protecciones y entramos en la iluminada —casi deslumbrante— sala de autopsias. Caminamos hacia la mesa donde Stevens procedía con el cadáver.

—Empiezo —informó el forense cuando se disponía a abrir el irregular cosido con unas tijeras de punta roma. Dan y yo observamos cómo el afilado utensilio cortaba uno a uno los dieciocho puntos que adornaban la tripa del hombre aún por identificar.

Cuando abrió el cuerpo, un hedor insoportable surgió del interior. Aunque más bien imaginé la pestilencia. La mascarilla evitó que la peste penetrara en mis fosas nasales, y mis gafas de protección, que mis ojos se resintieran. Sin embargo, mi cerebro evocó ese «aroma» característico de la muerte, de otros casos, de otras víctimas sobre una mesa de acero inoxidable idéntica a la que teníamos delante.

Stevens colocó separadores para aumentar el campo de disección y metió ambas manos en el

«agujero», extrayendo una bolsa de plástico de unos veinte centímetros de largo por quince de ancho.

—Joder, le han vaciado la cavidad abdominal por completo —explicó estupefacto.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Dan cuando me disponía a hacer la misma pregunta.

El doctor abrió la bolsa con sumo cuidado y extrajo lo que protegía: una Biblia. Pasó la primera página y se detuvo en el reverso de la portada, mirándola fijamente. Habló pausado:

—Propiedad del padre Philip Jones.

PASAJES

—Visto está que le han vaciado las entrañas y metido el libro dentro —proferí entretanto Dan ojeaba la nueva pista—. Pero... ¿Estaba vivo o muerto cuando le hicieron semejante barbaridad?

—Me temo que vivo. —Stevens sometió la herida a un chorro fino de agua a baja presión, y la sangre coagulada que se le adhería no se desprendió de dichos tejidos—. Vivito y coleando —confirmó mostrándose muy cansado.

El forense cubrió el cuerpo y lo introdujo en un refrigerador de cadáveres.

—Mañana prosigo. Si encuentro algo anómalo, os lo haré saber.

Asentí.

—Algunos pasajes tienen palabras subrayadas —informó mi compañero sin desviar la mirada de la Biblia—. Esta se viene conmigo a casa. Estos textos resaltados... Tengo el presentimiento de que no son obra de su propietario, sino del asesino.

«Cuidado con los presentimientos, mi buen amigo, pueden contener indicios del porvenir.»

—Bien. El experto en cristianismo eres tú. Dependiendo de lo que averigües, las preguntas a ese tal padre Jones serán unas u otras. Yo me encargo de localizarle; no creo que resulte complicado dar con él.

—¿A primera hora en el *Seasons*?

Asentí.

DAN

Dormían plácidamente. Asomé la cabeza por la puerta entreabierta y las vi reposando en la cama. Mis tres amores: mi mujer y mis dos hijas.

Me deslicé taciturno dejando atrás las grisáceas sombras que la luz exterior dibujaba en los blancos pasillos de mi hogar. Dirigí mis pasos al comedor con la intención de investigar lo que escondía la Biblia del padre Jones.

«Prepararé café.»

No tenía intención de recostarme junto a la familia aquella noche.

Abrí la Sagrada Escritura y apunté en mi blog de notas cada pasaje subrayado:

«Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó.»

Romanos 3:23-24

«Por tanto, hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría.»

Colosenses 3:5

«No tengan nada que ver con las obras infructuosas de la oscuridad,

sino más bien denúncienlas, porque da vergüenza aun mencionar lo que los desobedientes hacen en secreto».

Efesios 5:11-12

«Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado».

Romanos 3:20

«Así que todo lo que ustedes han dicho en la oscuridad se dará a conocer a plena luz, y lo que han susurrado a puerta cerrada se proclamará desde las azoteas».

Lucas 12:3

Al final del libro, en su última página, encontré una desconcertante anotación:

1 (10-11/13-18/33-34)

2 (58-68)

3 (66-74/109-113/130-143)

4 (81-93/117-124)

5 (43-56)

MENSAJES BÍBLICOS

Entré en el *Seasons* y, como siempre, lo encontré sentado ante un vaso rebosante de licor. Por su tonalidad, deduje que aquel día su particular evasión de la realidad se había iniciado con coñac. Me vio entrar y me siguió con la mirada hasta tenerme delante.

—¿Has averiguado algo? —preguntó sin dignarse a saludar, justo antes de sorber de su copa.

—Buenos días —murmuré sarcástico—. Sí, tengo algo, pero no sé lo que tengo.

—Cojonudo.

Saqué mi blog y lo posé sobre la mesa, mostrándole uno a uno los pasajes que había anotado. Luego expuse los números hallados en la última página de la Biblia:

1 (10-11/13-18/33-34)

2 (58-68)

3 (66-74/109-113/130-143)

4 (81-93/113-120)

5 (43-56)

Sanders observó cada palabra y cada número con detenimiento. Se frotó el mentón y achinó los ojos justo antes de hablar:

—Cinco pasajes y cinco líneas con secuencias numéricas —meditó en voz alta—: del diez al once, del catorce al diecinueve, del treinta y tres al... —Su alto coeficiente intelectual funcionaba en aquel momento a pleno rendimiento. Ciertamente era, que lo temprano del día ayudaba a que el alcohol no dificultara sus aptitudes; por mucho que él se empeñara en justificar dicha adicción, negar que le afectara negativamente. Nunca creí que lo hiciera para paliar ese dolor crónico que decía padecer. Siempre pensé que lo utilizaba como una excusa, un pretexto para evadirse de ese pasado implacable que le perseguía. Pero con el paso del tiempo —demasiado tal vez—, entendí que bebía por ambos motivos.

—¿Ves algo? —pregunté expectante.

—Dame esa jodida Biblia —solicitó tosco como siempre.

Ya entre sus manos, la examinó con atención. La giró como si estuviera agarrando el volante de su Mustang, pasó sus páginas sin orden aparente, la agitó... Tras el extraño reconocimiento sacó una navaja de mariposa del bolsillo de su americana y se prestó, en apariencia, a seguir con el examen más en profundidad.

«Intentar evitar que la raje es inútil —pensé mientras contemplaba cómo se disponía a «diseccionar» el libro—. No voy a enzarzarme en una discusión que no llevará a ninguna parte.»

—Mira. —Me mostró la parte trasera de la gruesa portada una vez la había separado del fino papel que segundos antes la forraba—. Otra anotación: [Salmos 119:105](#).

Le arrebaté el seccionado libro de un tirón y fui directo al salmo que señalaba la nueva pista. Leí durante un buen rato, concentrado, memorizando cada palabra. Y vi algo.

—Han cambiado una palabra, justo aquí: «Tu letra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero». No es ‘letra’ lo que va en esa frase, sino ‘palabra’. De alguna forma lo han retocado

para que dicho término parezca lícito.

La Biblia pasó otra vez a manos de mi compañero.

—Fíjate. —Me señaló los números de la última página, esos que nos traían de cabeza: 1 (10-11/13-18/33-34)—. Son letras, ¿ves? Primer pasaje, de la letra diez hasta la once, y luego de la trece a la dieciocho, y así sucesivamente. —Sanders me sonrió sabedor de su pericia, de haber hallado algo que prometía resultados inmediatos—. Apunta, compañero:

»Primer pasaje, 10-11/13-18/33-34:

«Pues todos **han pecado** y están privados **de** la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó».

»Segundo pasaje, 58/68:

«Por tanto, hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: **inmoralidad** sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría».

»Tercer pasaje, 66-74/109-113/130-143:

«No tengan nada que ver con las obras infructuosas de la oscuridad, sino más bien **denúncienlas**, porque da vergüenza aun mencionar **lo que** los desobedientes **hacen en secreto**».

»Cuarto pasaje, 81-93/113-120:

«Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, **mediante la ley** cobramos conciencia **del pecado**».

»Quinto pasaje, 43-56:

«Así que todo lo que ustedes han dicho en la oscuridad **se dará a conocer** a plena luz, y lo que han susurrado a puerta cerrada se proclamará desde las azoteas».

—Ahora mismo me siento como el profesor Robert Langdon en El código Da Vinci —murmuró robándome una sonrisa, antes de fijar sus ojos en los míos sin apenas pestañear, esperando que leyera lo que él ya poseía en su mente, pero que, para su tranquilidad, requería escucharlo de mi boca; la frase que nuestro hombre, mediante una Biblia encontrada en un estómago, nos acababa de hacer llegar—. Ese padre Jones... —musitó con la voz quebrada antes de beberse el resto del coñac—, va a tener que dar muchas explicaciones.

APUNTES Y DATOS

«Ha pecado de inmoralidad. Denuncien lo que hacen en secreto. Mediante la ley, el pecado se dará a conocer».

Resultaba obvio, que según el asesino al que rastreábamos, el padre Jones escondía alguna clase de pecado, o, en su caso, sabía de su existencia. También parecía evidente, que mediante pistas el criminal pretendía conducirnos a «lo que hacen en secreto».

—Está loco de remate —quejumbro Jeff alzando el brazo con la intención de alertar al camarero, que no percató su gesto—. ¿¡Tanta parafernalia para una puta frase!? ¡Podría habernos enviado un email!

—Es lo que tienen los asesinos que dibujan con sangre y meten Biblias en estómagos: suelen estar mal de la azotea.

Mi compañero se alzó, se dirigió a la barra y pagó la cuenta, regresando entre estiramientos de espalda y cuello. Parecía tenso.

—Necesito que te encargues de interrogar al padre Jones —requirió arropado por una evidente inquietud—. Tengo visita con el loquero. ¿A las tres en el despacho de Hopkins? Todavía quedan muchas cuestiones en el aire. Supongo que el jefe tendrá ya la identidad del destripado, e incluso para esas horas es muy probable que también se haya interrogado a los familiares. Quizá aporten algo relevante.

—Sí, debemos empezar a atar cabos, recabar información, ordenarla y barajar posibilidades —deliberé sintiendo cómo el sueño se apoderaba de mí. Jeff, tras escuchar mis razonamientos, se marchó a la consulta de su psicólogo, y el de tantos otros policías de Pittsburgh.

Observé distraído su caminar; vi, a través del cristal de la fachada del bar *Seasons*, cómo se alejaba calle arriba.

«Demasiadas veces, un aspecto descuidado nos impide ver lo que esconde el interior de un ser. La mayoría no vislumbramos más allá de la apariencia y la materialidad; muy pocos atienden a lo que somos. Imbécil, grosero, duro, violento... Sí, Sanders es todo eso y mucho más, pero la verdadera identidad del hombre se oculta en su esencia, y la suya es bondadosa. Un día decidí dejar de respirar, pero al contrario que hacen otros, reculó al percibir un propósito más allá de él, de su propia paz. Se exigió vivir para ayudar al prójimo a pesar del pasado que jornada a jornada le incita a mirar al abismo.»

SANDERS

Saqué mi blog de notas en la misma puerta de la comisaria y apunté los datos que tenía hasta el momento, esperando aumentarlos en breve:

>Primer cadáver encontrado sobre un pilón de madera, flagelado, reproduciendo la primera estación del *vía crucis*. Mensaje encontrado: «AQUÍ SE INICIAN LAS CONDENAS».

>El *vía crucis* consta de 14 estaciones. ¿Nos esperan 12 asesinatos más?

>Segundo cadáver hallado de rodillas bajo una cruz pintada con sangre en la pared, con puñaladas en los hombros y una biblia introducida en su estómago, reproduciendo la segunda estación del *vía crucis*. Mensaje encontrado: «APECHARÁN CON SUS CARGAS, Y POR ELLAS MORIRÁN».

>Biblia encontrada propiedad de un tal padre Philip Jones.

>Mensaje oculto dentro del libro:

«HA PECADO DE INMORALIDAD. DENUNCIEN LO QUE HACEN EN SECRETO. MEDIANTE LA LEY, EL PECADO SE DARÁ A CONOCER».

«Luego sigo —me dije mientras abría la doble puerta del «cuartel general».»

Golpeé la madera con los nudillos antes de entrar. En el interior del despacho esperaban Carter y Dan; y eso que llegaba con diez minutos de antelación. No había parado a comer. En mi estómago solo moraba un sándwich bañado en gran cantidad de «caldo».

Los saludé y me senté a la derecha de mi compañero, ante el jefe.

—Desembuche, comisario —requerí acomodado en el asiento, con las piernas cruzadas.

—Esto es lo que hay hasta el momento: el fallecido con la biblia se llamaba Martin Scott, de aquí, de Pittsburgh. Regentaba la iglesia del propietario del libro encontrado en su estómago. Hombre callado y de pocos amigos, lo que comúnmente se denomina un «tipo del montón». Vivía solo. En su piso no hemos hallado nada fuera de lo común. Su único familiar cercano, su madre, tampoco ha aportado nada destacable. ¿Conclusión? El único factor que vincula a los asesinados es su devoción por Dios.

Al escuchar esas últimas palabras, Dan alzó el dedo índice.

—Y que regentaban la misma iglesia —puntualizó—: dato cortesía del padre Jones.

—Eso —dije de pronto al recordar la visita que mi compañero había tenido con tan importante sospechoso—. ¿Qué tal con el cura?

Hasta la referencia de Dan —quizá porque mi mente andaba por otros lares más oscuros—, aquel suceso de vital importancia había permanecido dormido en mi mente; algo nada habitual en mí: olvidar, aunque fuera por un mísero segundo, cualquier acontecimiento relacionado con una investigación.

«Cada día funciono peor, joder.»

Dan inspiró con fuerza dejando escapar el aire del mismo modo; un resoplido que denostó desesperación.

—Ese padre Jones... —murmuró—, sin duda sabe más de lo que comparte.

DAN (HORAS ANTES)

—Dime, Dan —contestó Carter al tercer tono.

—¿Sabemos la identidad del destripado? —pregunté ante la gran puerta que conducía al interior del templo.

—Sí: Martin Scott. ¿Quieres su dirección?

—No. De momento me vale con su nombre.

—De acuerdo.

Pasé bajo el arco ojival que adornaba la entrada de la casa del Señor.

Bancos a izquierda y a derecha con sus acoples traseros para facilitar el arrodillamiento de feligreses y asistentes no practicantes, y un amplio pasillo que los delimitaba: una iglesia del montón. Ante los asientos, una gran mesa de mármol color café con leche y arriba, como si gobernaba la sala impertérrito y triste, el no menos característico hijo de Dios crucificado. Vírgenes y santos le acompañaban, mostrando también pena y dolor en sus rostros.

«La casa de Dios no debería transmitir tanto sufrimiento —pensé mientras andaba hacia el altar, donde presumiblemente, y de espaldas a mí, faenaba el padre Jones—. En teoría, su mensaje es de esperanza y amor. Sí, Jesús sufrió, es una realidad irrefutable. No obstante, dicho padecer no fue más que una semilla, el origen de unos mandatos que pretendían dar un fruto. Sin embargo, el hombre no ha sabido regar bien dicha simiente.»

De los diez a los catorce años fui monaguillo en una pequeña parroquia cercana a mi residencia; mis padres procuraron adoctrinarme a conciencia en la fe cristiana. Como solemos hacer los progenitores, intentaron encauzarme hacia sus creencias, y en parte lo consiguieron durante un tiempo. Pero lo que decidí ser de mayor me arrastró a un interrogante: ¿Cómo alguien puede permitir lo que sucede en este mundo?

«Llegas a un piso mugriento —me dije sentado en la primera fila de asientos, reposando el alma antes de iniciar el interrogatorio, fingiendo ser un devoto más—. Una vecina ha marcado el número de la policía alarmada por llantos, golpes, disparos y gritos en la vivienda contigua. Al entrar, te encuentras a un hombre tendido sobre un charco de sangre en posición fetal, susurrando palabras inconexas que no entiendes, abrazando una pistola todavía humeante. A su lado, dos niños —sus hijos, deduces—, asesinados de un disparo en la cabeza. Pegada a los pequeños, su madre ejecutada del mismo modo. Y cuando le preguntas al autor de semejante salvajada el motivo de sus actos, te contesta lo siguiente: «Los quería más a ellos que a mí. Y no iba a permitir que me siguiera engañando.»

Me incorporé aún pensativo, con el cuerpo cansado y la mente agitada.

Barbaridades como aquella ocurrían todos los días, y yo las filtraba con mis sentidos, repitiéndome una y otra vez lo mismo: «¿Cómo alguien puede permitir lo que sucede en este mundo?». Siempre he creído en Jesús, pero como lo que fue: un hombre bondadoso e inteligente. No como en el hijo de una divinidad.

—¿Padre Philip Jones? —pregunté anunciando mi disimulada «intrusión».

El cura soltó sobre el altar el cáliz plateado que limpiaba con un pañuelo blanco y giró su rostro.

—El mismo.

Sin duda rebasaba los sesenta años. Era alto y se movía con la espalda ligeramente encorvada, hecho que menguaba su estatura. De cara alargada y ojos azul plomizo, en su arrugado rostro destacaba una barba canosa y picuda. Vestía de riguroso negro; solo el alzacuello que envolvía su gáznate le daba color a su indumentaria. Por consiguiente, su penetrante mirada y su gesto adusto, le presentaron como a uno de esos hombres que parecen pervivir en una aflicción eterna.

Me presenté como solía hacerlo: enseñando mi placa al tiempo que pronunciaba mi nombre y primer apellido, con la coletilla «detective de homicidios».

Es difícil fingir una emoción, y más cuando aquello que la provoca te entra por los sentidos como una exhalación. Y tras mostrarle la Biblia y explicarle dónde la habíamos encontrado —

obviando nombres por el momento—, el padre Jones no pudo esconder su preocupación.

SECRETOS DE CONFESIÓN

—La extravié hace un par de días —explicó pensativo—. Creía que no volvería a verla.

—¿Qué me dice de lo insinuado en los pasajes? —Fui directo al grano. Tenía la certeza —llamémosle intuición—, de que aquel hombre escondía algo turbio. Además, yo estaba allí guiado por un homicida en busca de venganza, anhelos de revelar un crimen a la sociedad, y según él, el padre Jones había participado en aquellos hechos pasados. El mensaje era claro: «Ha pecado de inmoralidad. Denuncien lo que hacen en secreto. Mediante la ley, el pecado se dará a conocer.»

El párroco sonrió como si, superado el sobresalto inicial, hubiera vuelto a ser quien era. Me dio la espalda y se dirigió al altar, prosiguiendo con la limpieza que mi intrusión había truncado. Cáliz en mano, frotándolo con suavidad, habló:

—¿Y qué insinúa usted, detective?

—Nada. Solo digo que alguien le acusa, y que ese alguien lleva ya dos muertes a sus espaldas. ¿No teme ser el siguiente?

—Un hombre de fe no teme a la muerte. Si Él decide que ha llegado mi hora, aceptaré complaciente sus designios, pues son irrefutables.

—Usted escucha cosas en confesión, ¿cierto? ¿Conoce a Martin Scott y Andrew Solomon?

—Dos feligreses de esta iglesia. —Volvió a mostrar una holgada sonrisa, que yo percibí como un gesto retador. Aun así, de nuevo le fue imposible ocultar su turbación. Era como un libro abierto. Quizá, porque no le importaba serlo. Se oía su prepotencia a la legua, su chulería y falta de compromiso con la ley. Y yo empezaba a hartarme de su descaro.

—Bien. Pues el segundo murió hace tres días de una forma horrible, y el primero lo hizo ayer de una no menos agradable. Fue en su estómago donde se halló la Biblia. Supongo que en breve será usted quien oficie sus funerales, ¿no?

—Lo que filtran mis oídos en confesión —dijo orgulloso, soberbio, obviando mi pregunta—, no puede entrar por otros.

—¿Insinúa que sabe algo, pero que no puede contármelo debido al secreto de arcano?

—Veo que es usted un hombre instruido, detective Patterson. Solo digo, que todo lo que sé sobre Martin Scott y Andrew Solomon se me confió dentro del reclinatorio. —Jones señaló el mueble donde escuchaba pecados a diario—. Por lo tanto, se mantendrá oculto en el Padre y en mí por los siglos de los siglos. —Se detuvo un instante y, de nuevo, me desafió con la mirada—. [Código de Derecho Canónico](#), canon 983,1: «El sigilo sacramental es inviolable; por lo cual, está terminantemente prohibido al confesor descubrir al penitente, de palabra o de cualquier otro modo, y por ningún motivo».

—Conozco el Derecho Canónico. Pero... ¿Aunque su silencio provoque muertes evitables? Y ahora hablo de ética, no de códigos.

—Tengo la estricta obligación de no comunicar a nadie lo que se me comunica por...

—Ya, ya, ya... —interrumpí cansado de escuchar la misma cantinela—. ¿Y no cree que es un pecado en sí mismo permitir la muerte de otro ser humano?

—Dios dictamina quién muere y quién no. Yo solo soy su representante aquí en la Tierra. Y

seguiré el Derecho Canónico hasta mi muerte.

—Es posible que su devoción le propicie una muerte lenta y dolorosa, ¿sabe?

—Estoy preparado para lo que Él tenga dispuesto.

Lo vi claro: aquel súbdito de Dios no iba a ceder. Así que, antes de abandonar su iglesia, decidí causarle el mayor daño posible. Aunque en lo intrínseco de mi ser sabía que en realidad lo hacía por mi propio bienestar.

—Quiero confesarme, padre.

—Por supuesto.

Nos metimos dentro del confesonario —cada uno en el lado que le correspondía— sin dirigirnos una mísera mirada ni una sola palabra.

—Ave María purísima —dije apretando los dientes.

—Sin pecado concebida. El Señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte humildemente de tus pecados.

—Llevo años sin confesarme, padre, y me gustaría empezar por un pecado aún por acontecer —dije padeciendo uno de los mayores enfados que recordaba—. Tengo un compañero con quien no suelo «armonizar», estar de acuerdo. Un tipo bastante agresivo, la verdad, al que le importa una mierda estar vivo o muerto, aquí o allá, sentado o de pie. ¿Entiende? Siempre he pensado que no hay peor loco que el que no tiene nada que perder, ¿no cree? Por norma general suelo pararle los pies, ya que a pesar de sus malas formas es el mejor agente que he conocido. —Mis palabras llegaban a sus oídos a través de la celosía que nos separaba, que solo me dejaba entrever su silueta—. Y le aseguro que sé cómo va a reaccionar cuando le cuente lo que acabo de escuchar de usted. ¿Y sabe qué? Esta vez no voy a obstaculizarle, sino justo lo contrario: voy a quitarle el bozal y la correa, liberarlo de aquello que acostumbra a reprimir: su ira. La próxima vez que me vea entrar en esta iglesia en su compañía, recuerde esta «charla».

«No soy así —pensé mientras observaba su sonrisa burlona a través de la ventanilla; él se encargó de que pudiera verla, acercando su boca a los finos y cruzados listones de madera—. Pero no soporto a los bravucones que desamparan a otros cuando deberían hacer justo lo contrario. ¿Secreto de confesión? Más le vale que por culpa de su jodido voto de silencio no mueran más personas.»

—He acabado, sacerdote —dije malhumorado.

—Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Puedes ir en paz.

«¿En paz? Y una mierda.»

Tras la confesión más corta de mi vida, una vez los dos estuvimos fuera del concesionario, me dirigí de nuevo al reticente cura.

—Volveremos a vernos, padre.

—Ve en paz, hijo mío —insistió sonriente.

—Una mierda en paz —musité antes de darle la espalda.

La cara de disgusto que pude verle al padre Philip Jones antes de enfilear la salida del templo, bien valía una eternidad en el infierno.

Volví a la comisaría, donde me esperaban Carter y Sanders.



Solo eludí la parte final, mi arrebató en forma de confesión. Todo lo demás se los transferí a mis interlocutores: mi jefe y mi compañero. Y la cara de ambos, en especial la de Jeff, reflejó un enojo categórico.

—Pido permiso —dijo mi colega colérico, aunque extrañamente comedido— para apretarle las tuercas al puto cura «secretitos» de los cojones. En cuanto se acabe esta conversación voy a su iglesia y le interrogo al estilo Sanders.

«¿Secretitos? —cavilé al tiempo que una sonrisa se perfilaba en mi rostro—. Me gusta.»

—Sin pasarte —consintió Carter agitando el dedo índice mientras me miraba como en tantas otras ocasiones; mirada con significado propio: «Mantenlo a raya». Asentí mentiroso.

«Esta vez no, comisario.»

—No consentiré otra de tus faltas de respeto. Estoy cansado de sacarte las castañas del fuego —continuó el mandamás alzando la voz paulatinamente—. Tu última insensatez casi me cuesta el puesto. Tuviste suerte de que solo se saldara con terapia. Y la suerte se acaba, Sanders. Aprende a apretar las tuercas como hace Dan, sin armar la de Dios

—Seré bueno, jefe —prometió Jeff con gesto adusto, frotándose como acostumbraba las sienes.

«No te lo crees ni tú, compañero.»

Justo antes de abandonar la comisaría, Carter llamó al teléfono de Jeff, comunicándole el hallazgo del tercer asesinato basado en la tercera estación del *vía crucis*.

La «cita» con el cura tendría que esperar.

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

SANDERS

Carter nos facilitó la dirección de un piso en el centro, aunque en realidad no fue allí donde encontramos el cadáver.

Trescientos metros cuadrados de buen gusto al más puro estilo minimalista; elegante, sobrio y luminoso domicilio. Llamaron mi atención los cuadros abstractos que colgaban de las paredes.

«Es curioso lo que para muchos es arte —pensé mientras estudiaba los garabatos pintados en uno de ellos—. Si ahora me cagara en un lienzo en blanco y en una esquina firmara un pintor reputado, mi obra se consideraría una genialidad. En cambio, si ese cuadro llevara mi propia rúbrica, los «entendidos» estimarían que es un montón de mierda. Y una defecación es una defecación, la rubrique quien la rubrique.»

—Seguidme —demandó Stevens, que nos esperaba en el salón principal—. Os mostraré la escena del crimen. Esta vez se divide en dos partes —explicó avanzando por los amplios pasillos de la vivienda—. Se llamaba Matthew Mitman, arquitecto de renombre. Como veis, no le iban mal las cosas.

El forense nos emplazó a una habitación de tabiques blancos intensamente iluminada. Aquello no le sentó nada bien a mi jaqueca, que reaccionó enviándome dos fuertes pinchazos a las sienes.

Nos encontrábamos en un estudio repleto de estanterías, libros, carpetas, documentos y planos. Sin embargo, lo que llamó poderosamente mi atención fue el enorme ventanal con un orificio en su centro e infinidad de fisuras que lo hacían parecer la red de una araña, y que tras una mesa de dibujo técnico, permitía contemplar la ciudad en todo su esplendor. Sobre el tablero donde Mathew Mitman diseñaba, una hoja se mecía con el viento. Nadie tuvo que forzar su intelecto para predecir lo que hallaríamos al asomarnos por aquel agujero. «Jesús cae por primera vez: tercera estación del *vía crucis* —pensé mientras nos acercábamos al saliente—. Mathew cae por última vez.» Y en efecto: abajo hallamos al susodicho sobre el techo de un Ferrari rojo, con el cuerpo destrozado al igual que el chasis del lujoso vehículo.

—Si el coche era suyo, hay que admitir que el asesino es un auténtico desalmado —bromeé—. A mis dos acompañantes no pareció hacerles gracia mi «chiste».

Fue entonces cuando advertí algo singular, antinatural en la posición del fiambre.

—Fijaos en el cadáver —dijo Stevens asemejando haberme leído la mente—. Lo arrojó al vacío y este murió en el acto, es obvio, pero os aseguro que su cuerpo no se quedó en esa posición. Alguien movió sus extremidades para que formara lo que veis: una especie de cruz. Y no creo que al ejecutor le diera tiempo material de bajar y hacerlo él mismo; en minutos, el cuerpo estaba rodeado de decenas de curiosos alertados por la alarma del Ferrari.

—Joder —murmuró Dan meditabundo—. No actúa solo.

«Y eso no es bueno.»

—Y la cosa no acaba ahí —anunció el doctor—. Hemos encontrado algo sumamente

interesante entre sus pertenencias. —Alzó las cejas varias veces, haciéndose el interesante.

—Déjate de gilipollecés —reprendió mi compañero con cara de pocos amigos—, y ve al grano.

—De acuerdo, arisco de los..., es esto. —El experto alzó su brazo derecho y nos entregó un sobre cerrado—. He esperado a que llegaraís. Sois sus destinatarios.

En su anverso podía leerse: «Para los detectives Jeff Sanders y Dan Patterson». Lo abrí con sumo cuidado bajo la atenta mirada de mi «socio» y de nuestro forense «particular», y en su interior encontré lo esperado: una hoja doblada con un mensaje: «Se obrará el milagro esta misma noche a las doce en punto. En la casa del Señor entenderán cómo doblegaron nuestras voluntades».

«Se confirma la múltiple autoría.»

—Está claro —musitó Dan con la mirada fija en la hoja—, que son varios los asesinos del *vía crucis*. También resulta evidente, que se refiere a la iglesia del padre Jones.

«El caso queda bautizado: el de ‘Los asesinos del vía crucis’.»

—Eso parece —secundé en voz baja—. En fin. Avisa al cura para que nos abra a las doce menos cinco si no quiere tener graves problemas con la ley.

—¡A sus órdenes, capitán! —ironizó mi compañero antes de retirarse.

Yo me despedí de Stevens e hice lo mismo, no sin antes visitar con total «discreción» el selecto mueble bar del recién «caído».

UNA BALA ENTRE LAS CEJAS

Me esperaban en la puerta, en la plazoleta donde los coches fúnebres acercaban a los que ya no podían respirar, donde los recién casados se bañaban en arroz, donde los recién nacidos lloraban antes de mojarse en la pila bautismal, donde los niños aguardaban a recibir el sacramento de la Eucaristía: rituales que a mí me parecían la mayor de las pantomimas.

Saludé a mi compañero y le dediqué una mirada desafiante al eclesiástico. Aceché con mis ojos los suyos y le transmití que no iba a ceder, a permitir que sus leyes se interpusieran en las mías. Le manifesté con mis pupilas que con su ayuda o sin ella iba a desenmascarar lo que escondía; y que ni su Dios podría evitarlo.

No era demasiado grande. Al fondo podía verse al típico Jesús lagrimeando en una cruz de madera. Tres cristaleras de colores rojizos, blancos y amarillos iluminaban el techo cóncavo sobre el mártir, y a sus pies, un altar servía para depositar los utensilios precisados para dar misa. A parte de una estancia sin puerta en donde podía verse un recipiente de piedra cóncavo de gran tamaño, la pila bautismal, poco más. Una iglesia del montón, vamos.

Tres minutos para la media noche; ciento ochenta segundos para el milagro. Bajo el cristo crucificado esperamos sin saber qué hacer, a qué atenernos. El padre sabía el motivo por el que estábamos allí, y debo decir, que para tratarse de un ferviente hombre de Dios, no se le veía demasiado emocionado.

—Atento —avisé cuando solo faltaban sesenta segundos para el momento clave. Yo, a aquellas intempestivas horas de la noche, soportaba a duras penas mis dolores; no era el mejor hombre al que tener en cuenta.

El tiempo transcurrió pesado. Los números asemejaban mudar sin prisa; tranquilos, cansinos, flemáticos..., un lapso que se me hizo eterno. Sin embargo, nada es perenne, y mi reloj de pulsera marcó las doce en punto.

Miramos en cada rincón, escultura, cuadro, vela o cruz. Escudriñamos entre los bancos, en el confesionario e incluso dentro del agua bendita. Pero nada. Fue entonces, cuando estábamos a punto de perder las esperanzas, cuando Dan vio algo: presencié el «milagro».

—¡Aquí! —Su voz resonó en todas las esquinas del templo.



La examinaba ensimismado. Casi parecía creer lo que estaba viendo: una escultura de la Virgen María de aproximadamente un metro cincuenta llorando sangre. «Fenómeno muy representativo, sí; de lo más peliculero.» —pensé en medio de Jones y de mi compañero, ambos cautivados por el suceso. Aunque este último más bien parecía estar inquieto.

Dos hilos rojos descendían por sus mejillas de escayola, bañando sus telas blancas y azules, incluso el suelo de la iglesia. La encontramos apoyada en una pared, bajo un cuadro que representaba —casualmente— el calvario sufrido por Jesús.

Observé las fascinadas caras de mis acompañantes.

—No crearás semejante chorrada, ¿verdad? ¿Desde cuándo un grupo de asesinos predice

milagros? ¡Son ellos, joder! ¡No sé cómo, pero son ellos!

—Tú mismo lo estás viendo —se afanó a decir el padre. Aunque en el fondo, ni siquiera él creía lo que estaba contemplando; su mirada, falta de convicción, le delató ante la virgen.

Dan, absorto en la sangre, negó con la cabeza.

—No hablo con usted, «secretitos» —reprendí severo y burlón—. No pretendo que un sectario cambie su visión del mundo. —Miré fijamente a los ojos del cura y le trasladé con los míos el desapruebo que me originaba todo lo que representaba su oficio—. Esto es una pantomima.

—¡Eres un maldito hereje! —vociferó descompuesto, fuera de sí.

—Sí, lo soy —musité entre dientes, convencido de lo que a punto estaba de hacer—. Y voy a desenmascarar esta farsa.

Saqué mi arma reglamentaria tan veloz, que ni mi compañero ni Jones tuvieron tiempo de hacer nada. Apoyé su cañón entre las cejas de la Virgen en un santiamén, y apreté el gatillo.

LA VIDA EN SÍ MISMA

Los pedazos de escayola volaron por los aires esparciéndose por doquier, y María quedó decapitada por orden del hereje Jeff Sanders. Jones dio un paso atrás llevándose las manos a la cabeza, incrédulo e indignado.

—Se lo dije —escuché de boca de Dan, que se encogió de hombros—. Le dije que no se andaba por las ramas.

—¡Esto no va a quedar así! ¡Dios castigará este sacrilegio!

—Si no castiga tu silencio y los asesinatos que con él permites, ¿por qué habría de condenar nuestros actos?, que no tienen otra intención que la de salvar vidas. —Le guiñé el ojo con sorna y retintín.

—¡Voy a comunicarle lo sucedido al alcalde, a todo el mundo! —vociferó dándonos la espalda, marchándose a paso ligero soltando al viento maldiciones diversas.

—Suerte —dejé caer mientras se alejaba.

—La has vuelto a liar, ¿sabes? Carter nos va a azotar por esto; a ti por gilipollas y a mí por permitirte serlo —dijo Dan sonriente, extrañamente tranquilo e, incluso, diría que permisivo—. No obstante, ese hombre me enerva como pocos. Que le den. Es su palabra contra la nuestra.

—No me molestan los siervos de Dios, en serio —expliqué tranquilo—. Respeto las creencias de todo el mundo. Pero yo tampoco soporto a quienes permiten el mal, sean budistas, cristianos o islamistas. Si no hacen daño al prójimo, que cada cual haga lo que quiera con su vida. Pero que no intercedan en las mentes débiles de mala manera. Mi libertad acaba allí donde empieza la tuya, ¿entiendes? El problema es que de una manera u otra, todas las religiones coaccionan y manipulan.

Dan asintió pausado.

—Y ahora, investiguemos la proveniencia de esa «sangre».

La lógica impuso su ley, y del cuello de María asomó un pequeño tubo.

«El único milagro que existe es la vida en sí misma —medité entretanto contemplaba el goteo rojo que expulsaba el fino conducto—. Desde el nacer hasta el morir, vivimos uno. Y es el único y absoluto prodigio que existe.»

Tiré del cilindro intentando descubrir de dónde provenía la falsa sangre, y enseguida advertimos que de la parte trasera de la Virgen, adentrándose a ras de suelo por un pequeño orificio perforado en la pared donde se apoyaba.

Mi jaqueca empezó a hacer de las suyas sin previo aviso.

—¡Trae al puto cura! —bramé quejumbroso. Las sienas me palpitaban como si en cada una de ellas tuviera un tambor vikingo— ¡Necesitamos que nos conduzca a la sala que hay detrás de esta jodida pared! ¡Si voy yo te juro que lo traigo a rastras!

—Relájate, anda —rogó Dan intentando calmar mi furia—. Voy a buscarle. Respira hondo y no la cagues más; suficiente lo has hecho ya. Si no dejas de hacer el imbécil, te juro que me largo y te dejo con tu amigo el párroco.

«He de calmarme —me dije—. He de hacerlo por Dan y por Carter. Lo prometí.»

—Lo siento —me disculpé sinceramente—. La cabeza, la falta de pistas, el jodido padre de los cojones... Me calmo, en serio.

Dan asintió escéptico y anduvo hacia la sacristía. Yo saqué mi blog de notas y aproveché para anotar las nuevas pesquisas.

Releí lo apuntado con anterioridad:

>Nada reseñable tras la identificación y el posterior registro del piso del segundo asesinato.

>Tercer cadáver (Matthew Mitman), encontrado sobre un vehículo, precipitado (tirado) al vacío desde su propio piso con el cuerpo en forma de cruz, reproduciendo la tercera estación del *vía crucis*: «Jesús cae por primera vez». Mensaje encontrado: «Se obrará el milagro esta misma noche a las doce en punto. En la casa del Señor entenderán cómo doblegaron nuestras voluntades».

>Se confirma la múltiple autoría de los crímenes.

>El milagro resultó ser una escultura de la Virgen María llorando sangre. Milagro que resultó ser un montaje.

«Luego sigo —me dije al ver cómo Dan salía acompañado de la sacristía.»

En cambio, justo antes de cerrar el blog, me vino a la cabeza un dato que en principio no me pareció importante, pero que con el devenir de los hechos fue cogiendo, al menos para mí, relevancia. Anoté veloz:

>Todas las víctimas eran solteras y no se les conocía pareja reciente.

—¿Qué hay detrás de esa pared? —pregunté una vez tuve delante al cura, más calmado.

—Después de lo que ha hecho, ¿cree que voy a ayudarles?

—Usted mismo. Si no colabora, le detendré por obstaculizar una investigación policial.

—¿Cuánto? ¿Veinticuatro horas? Creo que no entiende una cosa: no me importa lo que hagan conmigo. Estoy en manos del Señor y es Él quien decide mi destino.

—Creo que tú no entiendes —dije tuteándolo, cansado ya de guardarle respeto—, el poder que esconde la palabra de un detective, hombrecillo de Dios. Si no empiezas a hablar en menos de lo que canta un gallo, te difamo ante tus feligreses hasta que te escupan en la cara. Diré que te gusta tocar a los hijos de esos mismos parroquianos, que vas de putas o lo que me salga de los cojones. Lo que sea necesario para hundirte en la miseria. Tendrás que dar misa a los vagabundos del Parque Point State. —Alcé las cejas de forma exagerada—. A ver si tu Dios evita que lo haga, campeón. Arriégate.

«La cabeza me va a estallar —cavilé mientras le suministraba al cura una buena dosis de amenazas—. Necesito un trago, joder.»

—Un pequeño almacén —contestó desabrido, escueto, ¿amedrentado?—. No se usa desde hace años.

—Condúzcanos hasta allí.

—Siganme.

Jones pasó por la sacristía para coger la llave de hierro oxidada que abriría la puerta de la estancia en cuestión; le costó dar con ella. Caminando por sombríos corredores, cruzando dos pequeñas habitaciones, nos plantamos ante el portón de madera oscura tras el que aguardaba «el misterio de la Virgen». La puerta chirrió al abrirse como si una cigarra desentonada cantara a los

cuatro vientos. Dentro hallamos oscuridad; apenas podía verse a un palmo de nuestros pies.

—No tiene ventanas —informó el padre.

—Deme una vela o algo que ilumine —pedí con prisa.

Dan se echó la mano al bolsillo, ofreciéndome un mechero.

—Gracias.

Giré su piedra con el pulgar y del encendedor surgió lo esperado: una llama. Calculé el lugar donde al otro lado de la pared permanecía la Virgen descabezada. Anduve unos pasos dentro de la estancia.

Y aquella tímida luz mostró un cadáver.

NO HABRÁ MISERICORDIA

—¿Le conoce? —pregunté mientras acercaba el fuego a su cara.

—Sí: Elijah Bailey —contestó Jones sin duda atribulado.

—Uno de sus parroquianos, supongo.

—Supone bien.

—¿Y aún pretende hacernos creer —intervino áspero mi compañero—, que usted no tiene nada que ver con los crímenes?

—No puedo ayudarles si eso implica traicionar a mi fe. No es cuestión de querer o no querer, sino de serle fiel o no a mis principios. Sé muy bien lo que piensan de mí: que soy un cura chapado a la antigua, de los que se horrorizan con el aborto y las mujeres ligeras de ropa, que repudian a los gais... Y no les voy a mentir: mis doctrinas son las tradicionales. Sin embargo, tampoco les engaño cuando les digo que jamás he hecho daño a nadie y que siempre he ayudado a quienes me lo han pedido.

«Deberíamos actuar sin restricciones ante gentuza como tú —pensé apretando los dientes—. No me engañas con tu retórica, padre. A fin de cuentas, no delatar a un asesino es tan censurable como matar. Un par de horas a solas conmigo, papanatas de Dios de los cojones, y cantarías *La Traviata*.»

Informamos del hallazgo al comisario y en apenas una hora, la sala, vacía y con el suelo de piedra, de paredes blancas y desconchadas que olían a rancio, estuvo iluminada y concurrida como nunca antes; a pesar de que el tañido de las campanas acababa de marcar la una y media de la madrugada.

«Debe ser maravilloso tener un trabajo «normal» —pensé con Dan a mi lado, mirando ambos cómo Stevens trabajaba—. Aunque la verdad, estoy donde debo estar.»

Dos focos colgados en cada una de las esquinas sobre el cadáver dejaban contemplar —yo diría que incluso demasiado— la dantesca escena. En la pared y encima del cuerpo, como ya venía siendo habitual, un mensaje escrito con sangre: «El arrepentimiento no los salvará. No existe misericordia para sus actos». El difunto se encontraba de rodillas con las dos manos alzadas en un gesto implorante, apuntando con sus dedos a la pared tras la cual María le daba la espalda. Pero lo más siniestro de la estampa no resultó lo visible en sí, sino averiguar la procedencia de la sangre llorada: provenía del mismo fiambre. En su brazo colgaba una vía que, con la ayuda de una pequeña bomba alimentada con una batería, trasladaba el espeso líquido de las venas del hombre a los ojos de la casta: una auténtica virguería que escondía una laboriosa planificación.

«Cuarta Estación: «Jesús encuentra a su madre María» —pensé absorto, contemplando las manos del forense, que arrancaban la aguja de la arteria del fallecido—. Aunque si apartáramos el tabique que los separa, la escena más bien parece representar una falta de compasión por parte de la inmaculada.»

—Infórmanos de inmediato cuando finalices la autopsia —le dije a Stevens, que seguía

examinando el cadáver.

Asintió sin ni siquiera mirarme, aplicado y entregado por completo a sus funciones.

—Mañana he de volver al jodido psicólogo —le expliqué a Dan—. Siento ausentarme en medio de un caso como este, pero sabes que asuntos internos me pisa los talones. No debo regalarles más motivos de los que ya les voy dando.

—Me pasaré por el centro forense a ver qué me cuenta Stevens. ¿A qué hora quedamos?

—¿Qué opinas de todo esto? —pregunté posponiendo su consulta—. Ha ido todo muy rápido. Apenas hemos tenido tiempo de atar cabos.

Se detuvo unos segundos revisando lo que se veía a mi espalda; contemplando la pared manchada de sangre.

—Creo que algo sucedió en el pasado relacionado con el padre Jones —dijo al fin sin dejar de mirar la escena del crimen—. Puede que solo tenga la culpa de escuchar una confesión incriminatoria, no lo sé, pero es obvio que está metido en el ajo. Los mensajes son claros: «Aquí se inician las condenas»; «Apecharán con sus cargas, y por ellas morirán»; «Ha pecado de inmoralidad. Denuncien lo que hacen en secreto. Mediante la ley, el pecado se dará a conocer»; «Se obrará el milagro esta misma noche, a las doce en punto. En la casa del Señor, entenderán cómo doblegaron nuestras voluntades».

»Hablan de condenas y de usar la ley con el propósito de divulgar ese pecado ulterior. Matan a los que, como ellos mismos dicen, apechan con sus cargas, y dicen hacerlo porque en su día les sometieron. Esta noche no han hecho más que corroborar sus intenciones: «El arrepentimiento no los salvará. No existe misericordia para sus actos».

»No se detendrán. Si no aplacamos su sed de venganza nos esperan diez asesinatos más. —Calló unos instantes, meditabundo, asemejando buscar dudas en su psique—. Lo que me resulta extraño, es el hecho de que no hayamos encontrado relación entre las víctimas. Si todos frecuentaban la misma iglesia y ahora están cayendo como moscas...

»Ni una sola llamada telefónica, mail, seguimiento mutuo en las redes..., nada. Es ahí donde reside el quid de la cuestión: si encontramos lo que les une, descubriremos el porqué y de ahí a los culpables. Sé que existe una correlación, que hay un rastro oculto que no somos capaces de detectar aún. Pero lo haremos.

—¿Y si las víctimas son las culpables?

—No sería la primera vez, compañero. Sin embargo, nosotros no juzgamos, aunque tú te empeñes en hacerlo continuamente; cazamos asesinos, maten por el motivo que maten.

—A las tres en el *Seasons* —dije terminante tras escuchar la extensa opinión de mi compañero.

—Bien.



Llamé a Carter nada más despertar, todavía aturdido por las cervezas ingeridas antes de conciliar el sueño; el que, como siempre, resultó insuficiente.

—¡Joder, Sanders, son las seis de la mañana!

—No podía dormir.

—¡Y como tú no puedes dormir, nos jodes el sueño a los demás, ¿no?!

—Algo así.

—Si bebieras menos... En fin, ¿qué coño te pasa?

—¿Hasta dónde puedo presionar al cura? ¿Cabe alguna posibilidad de obligarle a colaborar?

—Sí y no.

—Explíquese.

—Te envío un enlace al mail. Léelo. Creo que te resultará de interés. De todas formas, no está obligado a abrir la boca si no quiere. Así que no te pases de la raya o te juro que esta vez no voy a cubrirte las espaldas.

«Cuántas veces habré escuchado eso...».

—Gracias. Le echo un ojo. Le dejo dormir, perezoso.

—Vete a tomar por el culo.

«Yo también te quiero, amigo».

Tras la breve y agradable conversación, abrí mi correo electrónico y vi el prometido mensaje del comisario. Cliqué en el enlace. Me llevó a una revista de historia muy interesante, a un artículo titulado «¿Puede un cura violar el secreto de confesión?»

Tuve suficiente con leer los dos primeros párrafos:

«Según el Derecho Canónico, el sigilo del confesor es inviolable y el sacerdote que revela algo que sabe por medio de la confesión incurre en pena de excomunión. Por eso muchas legislaciones prevén una dispensa por la que no podrán ser obligados a declarar los eclesiásticos sobre hechos que les hubieran revelado de ese modo, frente al deber general de decir la verdad que se exige a cualquier testigo.

La razón es que el derecho al secreto no es tanto del sacerdote como de quien se confiesa; por otra parte, no se puede forzar a un cura a elegir entre el perjurio o la expulsión de la Iglesia. Otra cosa es que, sin identificar al pecador, dé pistas que sirvan para evitar la comisión de un grave delito. Pero si el delincuente fuese acusado por la denuncia del confesor, esa sola prueba no podría ser la única en la que un juez basase una sentencia condenatoria».

«Mierda. Me va a tocar «mendigarle» al jodido cura.»

GARGANTA PROFUNDA

DAN

Me equipé con la indumentaria requerida para la ocasión y entré dispuesto a averiguar algo relevante sobre Elijah Bailey, el ahora conocido en comisaría como «el hombre que hizo llorar a la Virgen».

La sala de autopsias, como siempre, refrescaba las ideas y cada poro de la piel. Se agradecía en verano; no tanto en invierno.

—Buenos días —saludé ya cerca de Stevens.

—Hola, Dan.

—¿Cómo lo llevas? ¿Algo interesante?

—En casos así, sabes que siempre hay sorpresas —me guiñó el ojo.

—Ilústrame.

—Le clavaron la aguja en vida y luego le estrangularon. Por lo que habéis contado, fue poco antes de encontraros con «el milagro». Y lo mejor viene ahora. —El forense señaló la boca del cadáver, que mostraba signos de haber sido manipulada. Su epidermis se atendía sin cortes ni maltratos visibles; solo su brazo, por donde entró la aguja que succionó su sangre, exhibía un moratón considerable—. Hemos extraído esto de su garganta. Lo tenía a la altura de la laringe.

Me entregó una pequeña bolsa con autocierre. Debido a su transparencia, pude ver en su interior lo que parecían tres tiras de papel.

—¿La has abierto?

—Sí. Hace como tres horas. Ya sabes, me cuesta dormir cuando los muertos llaman.

—¿Y?

—Procede tú mismo.

La abrí cuidadoso y dejé caer en mi mano izquierda las tres láminas. Enseguida aprecié lo que tenía sobre mi palma: una fotografía fraccionada. Uní las piezas del sencillo puzle hasta dar con una imagen: un cura, de pie, al lado de un hombre alto y delgado, en lo que parecía una arboleda. Se observaban hojas secas a sus pies y varios arbustos alrededor.

—Se ve muy borrosa —lamenté entrecerrando los ojos.

—Demasiado bien, compañero. Por lo que he averiguado, está echada con una polaroid y tendrá unos veinte años. Además, su conservación es pésima.

—Se la enviaré a los de la científica.

—Bien. Pero... ¿No te suena el hombre del alzacuello?

Sonreí.

—Claro que me suena.

SANDERS

Tras hablar con Dan y presentarme la nueva pista —la foto que mostraba a mi «amigo» con un sujeto por identificar—, nos acercamos a la iglesia a conversar de nuevo con el padre Jones. Necesitábamos su ayuda y eso no me congratulaba en absoluto. No obstante, no quedaba otra. Si el cura desamparaba nuestra petición de auxilio, nos veríamos obligados a buscar otras alternativas; interrogar a sus feligreses, por ejemplo. Pero el tiempo corría veloz y el camino más rápido era él, la línea recta para alcanzar el paradero —de vivir— del hombre que aparecía en la instantánea.

De la forma más «íntegra» posible, debíamos conseguir que dejara de vernos como a unos «seres invasores»; o lo que es lo mismo, caerle un poco mejor. Y digo «íntegra», porque no estaba dispuesto a bajarme los pantalones ante aquel canalla.

Nunca un caso arrojó tantos crímenes consecutivos. Por primera vez en mi carrera, no existía tiempo material para investigar más allá de las escenas del crimen. De los registros y la mayor parte de los interrogatorios se encargó el comisario, que subrogó nuestras tareas a otros detectives. Por desgracia, no aportaron nada reseñable. Además, mis sesiones con el psicólogo tampoco ayudaban. Por suerte, tenía al mejor compañero del mundo. Gracias a él podía acudir al especialista sin sentirme culpable, sin padecer remordimientos por abandonar mis tareas policiales.

Y así proseguimos con la investigación: sin móvil —más allá de la supuesta venganza— ni relación entre las víctimas; solo un modus operandi: las estaciones del *vía crucis*.

LA HABITACIÓN 138

Esta vez nos citó en la casa parroquial, cercana a «su» iglesia. Nos recibió cordial e incluso nos invitó a un par de infusiones. Yo hubiera preferido un whisky, pero me contuve y acepté la manzanilla; no quería airar sus ánimos. Durante la reunión en el *Seasons* ya habían caído un par de dobles, así que tampoco me dolía demasiado la cabeza.

—Les veo más que a mis feligreses —comentó afable, intentando hacerse el gracioso—. Creo que hemos empezado con mal pie —dijo en un tono suave, abierto—, y no quiero que piensen lo que no es. Estoy dispuesto a colaborar siempre y cuando no incumpla con el Altísimo.

«Al fin un poco de apoyo —pensé mientras sorbía el nauseabundo brebaje—. Parece haber leído nuestras mentes o, quizá, haber recibido alguna, ¿amenaza directa? Igual las ha filtrado vía confesionario. Si yo fuera el asesino(s), sin duda sería el medio que utilizaría.»

Dan reposaba a mi derecha en un sofá incómodo como pocos. Jones se sentó ante nosotros en una butaca vieja. Entre nosotros, una pequeña mesa de centro más desgastada si cabe que los asientos. Sobre la ajada madera fue donde deposité la fraccionada instantánea.

El cura la observó con recelo.

—¿Qué quieren saber?

—Usted es el de la fotografía, ¿cierto? —preguntó Dan.

—Así es.

—Entonces, necesitamos saber quién es el hombre que le acompaña.

—Esa foto tiene muchos años, detectives. ¿Se puede saber de dónde la han sacado?

—Como usted, nosotros tampoco podemos revelar ciertos datos concernientes a nuestro trabajo —le explicó mi colega en un tono que rozaba lo provocativo.

—*Touché*. —Asintió sonriente—. Se llamaba Martin Jenkins.

—¿Llamaba?

«Mierda.»

—Sí. Se suicidó hace al menos quince años. Yo mismo oficié su entierro.

No necesitábamos saber más, así que nos levantamos, nos despedimos y abandonamos la casa parroquial.

«¿El suicidio guarda relación con el caso? —me pregunté ya en la calle; supuse que Dan barajaba la misma posibilidad. Fuera lo que fuese, teníamos la obligación de investigarlo.»

Esperaba no volver a necesitar los servicios del cura. Aunque finalmente nos tendiera la mano, estaba seguro de que podía acabar con todas nuestras dudas de un plumazo. A veces se saben cosas sin saber por qué, y yo advertía que el cura escondía muchos secretos. Olía su falsedad a kilómetros y no podía hacer nada por sonsacarle más información de la que a él le placía compartir. «El puto don Secretitos de los cojones...». Mis manos estaban atadas y esa impotencia me laceraba el alma. En otra época le hubiera soltado un par de guantazos y arrancado el saber por las malas. Y si mi palma no rompía su silencio, al menos me quedaría a gusto. Aunque de ser sincero, creo que sus creencias eran demasiado inflexibles incluso para mis nudillos.

Aun con todo le pusimos protección. Dos agentes seguían sus pasos noche y día; por su propio bien y el nuestro. A fin de cuentas, era nuestro único sospechoso.



La madre de Jenkins todavía respiraba y Jones nos facilitó la dirección del geriátrico donde residía. Condujimos directos al centro en silencio, dándole vueltas a cada pista, a cada frase ensangrentada, a cada escena y a cada muerto. Esos momentos de pausa no me sentaban nada bien; me dejaban demasiado a solas con el dolor.

Llegamos al gran edificio y accedimos todavía «mudos», reflexivos. El ascensor nos trasladó a la quinta planta, la destinada a los ancianos con demencia senil y otros síndromes análogos. Una cuidadora nos condujo ante la anciana. La encontramos mirando el televisor en una butaca marrón chocolate. Y digo «mirando el televisor», porque estaba apagado; sus pupilas solo reflejaban el negro de su pantalla.

Estaba sola. Los demás pacientes «disfrutaban» de divertimentos varios alejados de la anciana. Sus rostros seniles, tristes y cabizbajos, sus manos jugando al parchís o al bingo, amargaban a cualquiera con un mínimo de sensibilidad.

«Tanto luchar, padecer y trabajar para obtener una vejez digna, y al final te encuentras con esto: no saber quién eres, dónde estás o qué diantres haces. Hay que disfrutar del presente y no atormentarse por el «qué será». No debemos preocuparnos por lo que no sabemos si va a pasar — reflexioné al tiempo que observaba aquellas caras tristes—. El futuro es hoy. Mañana puede ser demasiado tarde.»

—¿Señora Stuart? —preguntó Dan.

Giró el rostro en nuestra dirección como si hablara con una de las mujeres que la atendían diariamente, sin mostrar un ápice de sorpresa en sus ojos, un atisbo de vigor en su expresión.

—Yo.

Aun mostrando ese aire embobado, nos brindó una amplia y esplendorosa sonrisa.

—Venimos a preguntarle por su hijo —le expliqué pausado y meloso—. Nos gustaría saber dónde vivía, los lugares que frecuentaba y las personas con las que solía estar.

—Mi hijo está muerto.

—Lo sabemos. ¿Podría darnos su antigua dirección? Algún bar que visitara de forma asidua, club social, deporte que practicara..., cualquier dato sería útil.

—Mi hijo está muerto. Y vivía donde yo antes de venir aquí. —Se levantó de pronto—. Síganme.

Miré a mi compañero extrañado, alcé las cejas y anduve tras los pasos de la vieja sin saber si comprendía lo que acabábamos de decirle.

Dan se colocó a mi espalda.

Esculté su plácido caminar, contemplando su pelo rizado y blanco, su bata gris y sus pantuflos azules.

—Esperen aquí —demandó ante la puerta de su habitación: la 138.

Cerró al entrar y, tras una escasa espera, salió, alzando la mano como si pretendiera estrechármela. Se la agarré tiernamente. Al deslizarse nuestras palmas noté algo frío en la mía. Se acercó a mi oído y susurró con una voz dulce y plácida:

—Pero me la tienes que devolver.

Tras esto, se marchó como si no hubiera pasado nada, no sin antes deleitarnos con una última sonrisa senil.

Abrí la mano y oteé lo que acababa de entregarme: una llave.

LA PESQUISA DEL HOMBRE MUERTO

La directora de la institución nos brindó la dirección donde vivió Martin Jenkins antes de suicidarse. Llevábamos la mayor parte del día deambulando de un indicio a otro y empezaba a anochecer; y la oscuridad, haciendo gala de su constancia y puntualidad, trajo consigo el metódico e *in crescendo* dolor craneal del que no podía escapar. No obstante, cuando un sabueso detecta un rastro no puede soltarlo. En cualquier momento, una llamada telefónica podría anunciar un nuevo asesinato.

La casa se caía literalmente a pedazos. Lo único que aparentaba tener menos de cincuenta años era la puerta, de la que teníamos llave.

El interior combinaba perfectamente con la fachada. Paredes deterioradas e hinchadas por la humedad, con manchas de color ocre y chorretones que descendían de los techos como sangre de un asesinato; muebles roídos con un dedo de polvo encima que pintaban de gris el ambiente; persianas bajadas a cal y canto que nos obligaron a usar los móviles como linternas —benditas sus utilidades—, y un penetrante hedor a meados y a defecaciones que las decenas de gatos que se habían colado allí como ocupas «tatuaban» en la atmósfera.

Nos pusimos guantes de látex para no adulterar las posibles pruebas; mi compañero siempre llevaba dos pares encima.

Registramos cada habitación sin encontrar nada reseñable, hasta llegar al dormitorio del susodicho. Durante el proceso nos cruzamos con un par de ojos brillantes y algún que otro maullido.

La estancia se componía de una cama, un armario y dos mesitas de noche. No detectamos nada en las dos primeros muebles aparte de ropa pasada de moda y una gran cantidad de dibujos hechos a lápiz, firmados por el antiguo inquilino; muy buenos, por cierto. Sin embargo, sí descubrimos algo en la mesita izquierda del lecho: un buen puñado de cartas sujetas con una goma verde.

—Que las investiguen los de la científica —dijo Dan mostrando en sus facciones el cansancio acumulado durante el día.

—Abrámoslas primero —expuse sentado en la linde de la sucia cama—. No podré pegar ojo si no lo hacemos.

—¡Hay como cincuenta!

—Las revisamos y lo dejamos por hoy, ¿de acuerdo?

—Qué remedio. —La voz de mi compañero sonó como en demasiadas ocasiones: resignada.

«Algún día te compensaré por todo, amigo.»

—Veintitrés por cabeza. Empecemos.

La reseca goma se quebró sin oponer resistencia.

Las primeras eran de un primo suyo y de una tía de Minnesota. También encontré varias de un amigo suyo que emigró a Europa por temas familiares: letras que no aportarían nada a la investigación. Llevaba catorce revisadas cuando Dan se acercó agarrando con ambas manos una hoja. Yo estaba sentado y él de pie. Situó el reverso del papel a un palmo de mis ojos, misterioso

y en silencio, y le dio la vuelta para que pudiera ver lo que escondía.

—Mira. El sobre no lleva remitente: «Si nos delatas, morirás. Guarda silencio y vivirás».

«¿Seguro que te suicidaste, Martin?»



A las ocho de la mañana ya estaba dándole la murga a la policía científica. Me enviaron a esperar al pasillo —merecido me lo tenía, por latoso— mientras ellos se dedicaban a buscar huellas dactilares; poco más se podía investigar en una hoja de papel.

«¿Eres víctima o verdugo, Martin? —cavilé desparramado en una butaca, viendo pasar a agentes de izquierda a derecha y viceversa—. Los que asesinan fueron, en teoría, martirizados y por ello ahora matan. Y los que actualmente pagan por sus pecados, martirizaron y por ello ahora están cosechando lo que sembraron en el pasado. En fin, lo de siempre: la venganza y sus entresijos.»

Cuando a punto estaba de levantarme a por un café —al cual tenía intención de echarle un buen chorro de whisky—, un agente en bata se me acercó.

—Hemos encontrado las huellas de dos sujetos. Y para nuestro deleite, estaban fichados; el primero por disturbios y el segundo por hurto menor: Martin Jenkins y Clarence Freedom.

«Clarence Freedom: la primera pista decente.»



Dan y Carter me esperaban en el despacho del último. Quise encargarme personalmente de la carta y así, de ese modo, darle tiempo al primero para descansar y hacer vida familiar.

Los encontré como siempre dispuestos y puntuales.

—Clarence Freedom —dije nada más entrar, sin ni siquiera dignarme a saludar—. Hemos de interrogarle y registrar su piso. Al fin tenemos un indicio que seguir. Fue él quien envió el mensaje amenazador a Martin Jenkins; o al menos eso dice la lógica. Y además, está vivo y coleando. Tengo su dirección. —Me froté la barbilla pensativo, con las ideas algo desordenadas—. Sin embargo, hay algo que me rebana los sesos: sus veinticinco años. No hace falta ser un genio para entender que si Jenkins se suicidó hace quince y el papel lleva las huellas de ambos, ese Freedom envió la carta con diez, y, obviamente, esa coyuntura resulta sumamente extraña.

—A esa edad yo jugaba con muñecos de *Masters del Universo* —comentó Dan—. En fin. No conjeturemos antes de tiempo.

—No se hable más —formuló el comisario dando un golpe sobre su mesa de despacho al tiempo que Dan se alzaba de su asiento—. Hacedle una visita a ese tal Freedom.



Residía en Mulberry Way, cerca de río Allegheny, en una casa pequeña pero bien conservada. Decidimos llamar al portero automático e identificarnos como detectives de homicidios; a fin de cuentas, no teníamos más que unas huellas en un folio.

Por esa misma calle y las colindantes se podían ver a muchos hombres de la mano. Nos encontrábamos en la zona gay de Pittsburgh.

«El amor es interracial, no entiende de sexualidad —pensé mientras nos acercábamos al portal—. No entiendo a esos que se molestan porque dos personas del mismo género se quieran. Al fin y al cabo, nuestro cuerpo es solo un envoltorio. ¿Qué más da si nos cuelga algo o no, si tenemos

vagina o, incluso, nada o ambas cosas? El amor se nutre del alma; y las almas no tienen sexo.»

—¿Sí? —se escuchó a través del interfono.

—¿Clarence Freedom? —preguntó Dan alto y claro.

—Sí.

—Policía de Pittsburgh. Detectives Dan Patterson y Jeff Sanders. Necesitamos hablar con usted.

—De acuerdo. Pasen. —Su voz sonó tranquila.

Empujamos la puerta y entramos.

—¡Denme un segundo! —se escuchó al final del largo pasillo que hallamos al acceder—. ¡Me han pillado recién salido de la ducha!

—¡Claro! —vociferó mi compañero.

—¿Crees que es él? —pregunté expectante en el recibidor.

—Tengo un buen presentimiento. Aunque los tiempos no cuadren, creo que está metido en el ajo. Quizá se esté vengando por algo que le hicieron cuando tenía diez años y sí enviara la dichosa carta. Pero... ¿«Si nos delatas, morirás. Guarda silencio y vivirás»? Algo se nos escapa, es obvio. Demasiado joven para estar implicado en la muerte de Jenkins, e incluso, desde mi parecer, para enviar esa clase de amenazas. Sin embargo, algo me dice que Freedom nos llevará por el buen camino.

DISCONFORME

Se acercó a nosotros con el pelo todavía mojado y nos estrechó la mano con decisión a ambos. Sus veinticinco años se apreciaban en su sonrisa esplendorosa, sus movimientos ágiles y vivarachos y su gesto despreocupado. De pelo rubio, piel clara y pecosa, y de cuerpo fornido, parecía uno de esos hombres preocupados por su apariencia que visitan el gimnasio a menudo o practican deporte con asiduidad, comúnmente denominados «metrosexuales». Llevaba un tupé de al menos seis dedos, y eso que acababa de salir de la ducha.

«Quién pudiera quitarse veinte años de encima.»

—¿En qué puedo ayudarles, agentes?

—¿Conocía a Martin Jenkins? —pregunté con el bloc de notas y un bolígrafo entre las manos.

No pretendía apuntar nada, pero de ese modo aparentaba tener intención de hacerlo y eso amedrentaba a los entrevistados. Era como un «todo lo que digas puede ser usado en tu contra», o algo parecido. Además, yo distinguía el miedo en los ojos ajenos.

—No había escuchado ese nombre en la vida.

No detecté temor en su mirada.

—De acuerdo. ¿Podemos husmear un poco? Nada serio. Observar... —requerí por probar, como quien no quiere la cosa.

—¿Traen una orden judicial?

—No. Pero podemos conseguirla. ¿Necesita tiempo para ocultar pruebas, quizá?

—No tengo nada que esconder.

—¿Entonces?

—De acuerdo. Procedan.

Entretanto examinábamos con rigor policial cada mueble, electrodoméstico o decoración, le guiñé el ojo a Dan —una de nuestras señas privadas—: equivalía a un «apártale de mi vista».

—¿Puede mostrarme el cuarto de baño? —solicitó mi compañero al tiempo que retiraba al sospechoso con disimulo.

Una vez estuve a solas, abrí los cajones del gran mueble que embellecía la sala de estar. Hecho esto, empleamos el mismo procedimiento en su dormitorio: guiño, retirada e inspección. Una vez registrado el domicilio a nuestra particular manera, nos despedimos del joven agradeciéndole las facilidades concedidas.

Al pisar la calle, Dan preguntó lo que sabía que iba a consultar:

—¿Has encontrado algo?

—Y tanto que sí.

TRES HORAS MÁS TARDE

Mismo lugar

En una de las tarjetas SIM halladas en su habitación se encontraron datos sobre los cuatro asesinados: direcciones, lugares que frecuentaban, horarios, amistades... Hecho notable que nos obligó a visitar de nuevo a Clarence Freedom.

—¿Sí?

—Dan Patterson y Jeff Sanders. Los agentes de esta mañana.

—Ah, sí. Pasen.

Dimos con él nada más entrar.

—¿Ocurre algo?

Su rostro evidenció sorpresa, pero como en nuestra anterior visita, no vi miedo en sus ojos.

—Sí —informé tajante, autoritario—. Está detenido por los asesinatos de Andrew Solomon, Martin Scott, Matthew Mitman y Elijah Bailey, y la posible implicación en la muerte de Martin Jenkins.

No dijo nada. Se dejó esposar como un hombre sin alma, sin fuerzas, sin espíritu. Todo el vigor mostrado en nuestra anterior visita se esfumó como la niebla se ahoga en el agua, quedando en su lugar un cuerpo vacío, resignado. Si bien, ni siquiera cuando le metíamos en la parte trasera de nuestro coche mostró un atisbo de desasosiego.

Me dirigí a la sala de interrogatorios, donde aguardaba Freedom. Entré acompañado por Dan, viéndole sentado tras la pequeña mesa que se interponía siempre entre indagado e indagador. Con los brazos cruzados, serio y sin mostrar nerviosismo alguno, me miró atento, expectante.

Me sorprendió verle en compañía de la abogada Patricia Tumbler, con la que no congeniaba demasiado. Aunque a decir verdad, chocaba con la mayoría de los abogados defensores de Pittsburgh.

Tomé asiento ante el detenido. Le examiné concienzudamente y me dispuse a acribillarlo a preguntas. Fue entonces cuando habló la abogada:

—Mi cliente se declara culpable de todos los cargos. Describirá las cuatro escenas del crimen al detalle, lo cual solo el ejecutor y los agentes que la presenciaron podrían hacer. Aportará los indicios necesarios para demostrar su autoría irrefutable. Se arrepiente de sus actos y desea pagar por ellos.

«Pero qué cojones...»

—Me parece estupendo, letrada —dije indignado, disconforme con lo que Tumbler acababa de anunciar, absolutamente obnubilado—. Pero resulta que no actuó solo.

—Sí lo hice —inquirió el ya asesino confeso—. Puedo describir el «cómo» de cualquiera de los cuatro asesinatos.

—¿Ah, sí? De acuerdo. ¿Cómo lograste la posición en cruz del tercer asesinado?

—Entré en su casa y lo arrojé al vacío. Nada más. Los maté porque quería mostrarle al mundo el horror que padeció el hijo de nuestro Señor. Quería detener la sinrazón que se abalanza sobre la vida del hombre. Hacerle entender que Jesús murió en la cruz por una razón muy concreta. No obstante, ahora entiendo que el asesinato no es la vía hacia la comprensión. No debí hacerlo. Por ello deseo cumplir la condena que se me imponga.

«Es inútil seguir con esto —advertí de pronto—. Lo que no puede demostrarse al cien por cien, no sirve. Si admite haberlo hecho, bien poco puede hacerse.»

Golpeé la mesa con fuerza.

—¡Mierda!

Me levanté furioso y me dirigí a la abogada.

—¿Cómo es posible que sus huellas estén en esa jodida carta? ¡Creéis que somos imbéciles! Si Jenkins se «suicidó» hace quince años y este gilipollas tiene veinticinco, ¿se la envió con diez? ¡No me jodas, letrada!

Tumbler apoyó con cariño su mano en mi pecho y, todavía no entiendo cómo, apaciguó mi ira. Miró a mis ojos con brillo en los suyos y me susurró con ternura:

—Tranquilo, detective. Todavía falta un juicio. Solo estoy transmitiendo lo que él me ha trasladado a mí.

—¡Esto es una puta mierda! —vociferé antes de abandonar la sala, dejando tras de mí un estruendoso portazo.



—¡No me toques los cojones, Sanders! —me abroncó Carter—. Tenemos una declaración firmada y datos irrefutables que confirman su culpabilidad. ¡Ese cabrón ha descrito aspectos de las escenas que no sabía ni yo! Te adjudicaré otro caso, ¿de acuerdo? Tómate el resto de la semana libre.

Abandoné el despacho cabizbajo y en silencio. Pocas veces una investigación había conseguido minar mis fuerzas de aquella forma. Estaba cansado de nadar a contracorriente, de luchar contra el sistema, de las injusticias, de las argucias de algunos.

«Volveré al domicilio de Jenkins cuando duerma la ciudad —pensé entretanto se fraguaba en el interior de mi mente una guerra de intenciones—. O quizá deba hacer caso al comisario. Puede que solo me esté empecinando en algo irreal, y Clarence Freedom perpetrara los asesinatos.»

Metí la mano en el bolsillo de mi americana con la intención de echar un trago que calmara mi estado, cuando advertí un papel junto a mi petaca:

«En mi casa a las 22:00 (81 de Allen Street). Tengo algo importante que contarle sobre el caso. Sea puntual, detective».

«Patricia Tumbler.»

ALGO MÁS QUE PALABRAS

«Tendría que haber estudiado derecho —pensé ante la puerta del lujoso chalet—. Me juego la vida a diario y he de conformarme con un piso de noventa metros.»

Circundaba la edificación un muro de al menos dos metros de altura. Por lo visto, a la abogada no le complacían las miradas ajenas. O quizá, más que la intimidada, lo que buscaba era sentirse a salvo; tratar con dementes tiene sus consecuencias. Aun con la prominente tapia, podía verse al otro lado una edificación compuesta de colores oscuros, en la que predominaba el marrón claro y el gris marengo. Una vivienda realmente regia y señorial.

Le envié un mensaje notificándole que estaba esperando en la puerta de entrada al jardín; no vi ningún timbre o portero automático.

Abrió a los pocos minutos.

—¿No tienes timbre? —pregunté nada más la tuve delante.

—¿Para qué? No abro a nadie que no venga con una cita previa.

«*Touché.*»

Seguí su sensual caminar a través de un pequeño camino trazado en el jardín. Acompañé el contoneo de sus caderas, el movimiento de sus nalgas marcándose en su falda de tubo. Pasamos cerca de una opulenta piscina y la imaginé desnuda, con el pelo mojado y el agua desfilando entre sus pechos.

Alcanzamos la entrada del chalet, que se resguardaba bajo un porche que poco más o menos le daba la vuelta. Mientras Patricia empujaba la puerta blindada, yo observé su cuello, succulento y de piel fina como la de una manzana.

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme? —pregunté nada más pisar el interior.

Dentro hallé más de lo mismo: muebles, decoración y electrodomésticos caros. El estilo me recordó al del piso del arquitecto Matthew Mitman, tercer ajusticiado por —a falta de una sentencia firme— su actual cliente.

—Freedom quiere entrevistarse en privado contigo —comunicó trascendental—. Ha recalcado que solo hablará con el detective Jeff Sanders. Yo misma organizaré la reunión. Se efectuará a primera hora de la mañana. Entraremos, hablarás con él y saldremos: algo rápido y discreto. Mi cliente se niega a hacerlo en una sala de interrogatorios. Tampoco aceptará medios de grabación. Además, solicita tu voto de silencio.

«¿Voto de silencio? —pensé al tiempo que en mi mente se perfilaba el padre Jones.»

—No tengo más remedio que aceptar. Soy detective y mi trabajo es buscar la verdad, y sé que Freedom mintió en su declaración. No sé en qué grado, pero tengo la certeza de que esconde muchos datos importantes. ¿Tienes idea de qué pretende?

—Solo me ha dicho que necesita tu ayuda.

En ese momento, lo que se dibujó en mi intelecto fue el mensaje que desciframos en la Biblia: «Ha pecado de inmoralidad. Denuncien lo que hacen en secreto. Mediante la ley, el pecado se dará a conocer». Sobre todo la última frase.

—Para citarme a una reunión con tu cliente no era necesario hacerme venir hasta aquí, letrada. Podrías haberme llamado por teléfono y ahorrado la visita.

—Tienes razón. Pero quería entregarte algo más que palabras.

Se acercó despacio y consigo me trajo sus labios. Los posó sobre los míos y estos sintieron el roce de un candente aliento. Se quedaron así, al límite del firme contacto unos segundos, que a mí me supieron a miel. Y con nuestras bocas aguardando ese beso que parecía inevitable, hablé:

—¿Por qué?

—Porque no eres como los demás.

Lancé mi lengua contra la suya y se arremolinaron como dos serpientes en pugna. Apreté uno de sus pechos desbocado, ardiente de pasión. La cogí por los muslos sin dejar de lamer y la senté en la mesa de la sala de estar. Aparté mi rostro del suyo un instante solo para bajarle las bragas. Volví a pegarme a ella al tiempo que introducía mi miembro en su lubricada vagina. Y fornicamos sobre el tablero gris como dos impúdicos salvajes.



Apenas pegué ojo pensando en lo que Freedom podía necesitar de mí. Me presenté a la «cita» más sobrio de lo habitual; por una vez, quería aparentar apacibilidad. A su término, ya tendría tiempo de mantener la jaqueca a raya.

Melisa me acompañó hasta su celda. Un funcionario nos abrió la puerta y ella me cedió el paso. «Espero fuera. No te excedas o ambos pagaremos las consecuencias», susurró para que solo yo pudiera oírla.

—Tienes mi palabra.

No resultaba habitual reunirse con un preso de aquella forma. Sin embargo, abogados, curas o detectives —entre otros—, podían hacerlo en determinados casos.

Entré y le descubrí en el centro de la estancia. Me esperaba con los codos apoyados en una pequeña mesa de plástico, con el mentón sobre sus puños, vistiendo un mono naranja —cómo no— y con las muñecas unidas por unas esposas. Parecía un escolar revoltoso aguardando aburrido la reprimenda del director de turno. Aparte del lecho, un pequeño escritorio y un armario, él era lo único que adornaba la estancia. A su lado, un ventanal con barrotes filtraba luz solar, dándole algo de vida a la celda.

«Tendría que dormir en el suelo y no en una confortable cama —pensé entretanto nuestras miradas se cruzaban por primera vez—. Deberíamos aprender de prisiones como la Central de Bang Kwang, en Tailandia. Seguro que así la reincidencia criminal disminuiría considerablemente.»

—Siéntese, por favor —rogó el recluso señalando la silla al otro lado de la mesa, la dispuesta para mi trasero—. Le agradezco que haya aceptado verse conmigo.

Se me hacía extraño tratar con alguien tan joven y en apariencia tan maduro. Acababa de fulminar cuatro vidas humanas —o al menos eso garantizaba él—, y la primera vez que lo vi me pareció un universitario mimado.

—¿Qué quieres? —pregunté directo, sin preámbulos.

—Antes de empezar necesito una promesa. Nada de lo escuchado aquí pasará a oídos de otros.

«No tengo alternativa. Y es una opción de mierda, la verdad, pues nunca incumplo un juramento; le pese a quien le pese y le incumba a quien le incumba. Y luego me quejo del puto

padre Jones, que a fin de cuentas no ha hecho otra cosa que defender sus convicciones.»

—Bien. Te garantizo que esta conversación no saldrá de aquí. Ahora dime de una jodida vez qué pretendes.

—Un pacto, detective —aseguró firme y rotundo—. Transmitirle la verdad y ofrecerle una alternativa.

—¿Una alternativa a qué?

—Al asesinato. El *vía crucis* consta de catorce estaciones, y solo hemos cumplido cuatro.

DEUDAS PENDIENTES

—Vamos a hacerlo de este modo: usted pregunta y yo respondo, ¿okey? ¿Qué quiere saber?

«De acuerdo. Juguemos.»

—¿Por qué?

—Una cuestión de amplias miras, sí —musitó pensativo, asemejando sondear con la mente el pasado, aquello que le hizo —y ya una realidad, también a otros— lanzarse a buscar venganza—. Intentaré sintetizar en lo posible; sin desmerecer los hechos, por supuesto.

»Con diez años frecuentaba la iglesia de un tal padre Jones. ¿Le suena? —Me miró y sonrió seguro de sí mismo—. Sé que sí, detective. —Se detuvo un instante y advertí cómo sus ojos se humedecían.

»Le ayudaba como monaguillo junto a otros niños y él nos adoctrinaba en la fe. Mis padres creyeron que esas enseñanzas me conducirían por el buen camino.

»Con el tiempo, mi devoción alcanzó cotas considerables. Le hablaba a Dios por las noches y acudía diariamente a misa; soñaba con ser sacerdote algún día. Fue entonces cuando empezaron los milagros.

—¿Los milagros?

Las palabras se me escaparon de la boca. Del mismo modo, en mi memoria se manifestó el mensaje encontrado en el piso del arquitecto: «Se obrará el milagro esta misma noche a las doce en punto. En la casa del Señor entenderán cómo doblegaron nuestras voluntades».

—Empezaron a acudir a la iglesia una serie de personas que decían hacerlo con la intención de adiestrarnos en los escritos de La Biblia —continuó, obviando mi anterior pregunta—. Me parecía maravilloso. Disfrutaba instruyéndome para el futuro; por aquel entonces, como ya le he dicho, aspiraba a dedicarle la vida a Dios.

»Sin embargo, las intenciones de dichos sujetos no resultaron las que yo pensaba. La edad nos hizo una presa fácil. Moldearon nuestras inocencias, las sometieron, las esclavizaron a favor de unos perturbados.

—Un momento —musité con el raciocinio trabajándome a toda potencia—. ¿Quieres decir que os dominaron mediante falsos milagros?

—Ese mismo truco que usted vio en la iglesia del padre Jones, lo usaron con nosotros. Voces provenientes del cielo, juegos de luces, efectos especiales... Les hicieron creer a nuestras mentes que sus peticiones las consentía el Señor; incluso que él mismo las ordenaba. Se inquiría en un mandamiento, repetido en cada montaje: nadie debía saber de ese grupo-secta. Así se aseguraban nuestro silencio y predisposición.

«Muy listos. Menudos hijos de puta.»

—¿Qué os hicieron? —pregunté consternado, empatizando irremediabilmente con el muchacho, imaginando en mi cabeza todo tipo de atrocidades.

—Saciar sus perversos deseos.

—Por eso el *vía crucis* —susurré casi como si meditara en voz alta—. Os vengáis del mismo

modo que ellos os manipularon: usando el credo como guía.

Freedom aplaudió despaciosamente.

—Es usted un lince, agente. —No detecté sarcasmo en sus palabras—. Y supongo que una vez discernido el porqué, querrá conocer mi propuesta, ¿cierto?

—Así es.

—Bien. Como ya habrá deducido, el grupo de degenerados se componía de catorce individuos: trece hombres y una mujer. Dentro de su pequeño organigrama, cinco eran los encargados de dirigir la..., digamos, ¿organización? —Parecía perderse en su propio relato, quedándose con la mirada perdida, susurrando ahora, alzando la voz después—. Qué más dará cómo diantres la denominemos. En fin. En resumidas cuentas, esos cinco cabecillas, por urdir tan malévolos planes, fueron condenados a muerte por ‘Los siete’.

«Siete. Seis más él. Sabía que no perpetró los asesinatos solo.»

—Por ello te has declarado culpable, ¿verdad? Para proteger a tus seis compinches.

—Alguien debía pagar por los asesinatos. Digamos que elegí la pajita más corta. Aunque si he de ser sincero, me importa un comino agonizar aquí o allá. Catorce seres se encargaron de amargarme la existencia, ¿recuerda? Y mis camaradas no merecen sufragar por el simple hecho de buscar justicia. Ya han pagado, al igual que yo, con una vida llena de pesadillas, soledad, depresiones e intentos de suicidio. —Freedom se subió la manga izquierda de su indumentaria carcelaria y me mostró su antebrazo; una cicatriz le recorría la muñeca de cúbito a radio. Subió las cejas al tiempo que fijaba sus acuosas pupilas en las mías—. Nos mataron en vida, detective.

Me quedé mudo, sin habla ni argumentos; mas no sin incógnitas.

—¿Y los demás, los que no lideraban? ¿Qué hay de esos otros nueve pederastas?

—Ahí es donde necesito su ayuda.

—Esta es mi proposición: que usted, usando su mejor arma, la justicia, les condene a pudrirse en prisión. Su misión consistirá en obviar a los «asesinos» que no están aquí. Ha de prometer que mis aliados no se verán en mi tesitura. Yo, y solo yo, pagaré por los cinco crímenes. —Se alzó alterando mi ya de por sí inquieto organismo. Mi mano derecha asemejó poseer vida propia; se deslizó lentamente en busca de mi arma, que obviamente no llevaba encima. Freedom se acercó a la cama situada a su espalda y hurgó debajo del colchón. Volvió su cuerpo llevando una carpeta en las manos—. Aquí está todo: nombres, direcciones, lugares donde operan actualmente... Encontrará también datos de algunos de los niños que «controlan» hoy en día.

—¿Y si me niego a hacer la vista gorda?

Lo tanteé. Quería saber cómo actuaría ante una negativa.

—Entonces retribuiremos el dolor con sangre. Siempre hemos buscado las muertes justas y necesarias, y ante todo, desmantelar su entramado. ¿Se pasará el resto de la vida pensando que pudo evitar nueve asesinatos? ¿Que tuvo en sus manos la posibilidad de salvar a muchos niños inocentes y no lo hizo? Además, piénselo bien, agente, de no haberle metido la foto en la garganta a ese malnacido, usted todavía andaría por ahí dando palos de ciego. ¿Lo entiende? Le hemos traído hasta aquí. Y lo hemos hecho porque de proseguir con los asesinatos, nuestras espaldas quedarían al descubierto. Por eso le necesitamos. Estoy siendo sincero con usted. Saben que les estamos dando caza. Ya no es factible eliminarlos sin caer en manos de la ley. Pero si no nos da otra opción, si no les condena el detective Jeff Sanders, estamos dispuestos a acabar los siete entre rejas; no sin antes acabar con todos.

»Lo condecorarán por esto, agente, y nadie sabrá nunca la verdad. Se hará justicia. No creo que sea un mal trato. Ni siquiera creo que de aceptar, su propia moralidad se vea afectada: salvará vidas y tendrá al bueno de Clarence Freedom como cabeza de turco. Solo debe dejar que seis maltratados prosigan con sus insulsas vidas. —Alzó la carpeta y la agitó—. Aquí encontrará lo que nos hicieron, lo que siguen haciendo a niños inocentes. Usted lo sabe bien: a veces la justicia se alcanza por senderos oscuros.

Me quedé pensando en mil juicios al mismo tiempo. Entendía lo que esos siete muchachos habían hecho, e incluso percibía dichos actos como legítimos. Me vi ante una encrucijada como nunca antes. Un dilema moral. Una compleja decisión.

—Si es posible, querría seguir preguntando —solicité al tiempo que en mi sesera, como un telón de fondo incómodo y persistente, los pros y los contras se entremezclaban modelando una bola de desconcierto—. Necesito atar ciertos cabos.

—Por supuesto. Consulte lo que necesite.

—¿Cómo es posible que el folio con la amenaza llevara tus huellas y las de Martin Jenkins? No me trago que enviases una carta así con diez años.

—Más simple de lo que pueda imaginar. ¿Encontró algo, digamos, inusual en la habitación del susodicho?

—Varios dibujos hechos a lápiz.

—Bingo. A Martin le gustaba, entre otras perversidades, dibujarnos desnudos y que nosotros lo retratásemos a él del mismo modo. Me «regaló» muchas hojas que todavía conservo. Evidentemente, esos folios gozaban de las improntas de sus yemas. Detective... —Me examinó con detenimiento y, por primera vez en la conversación, me envió una mirada chulesca—. Dejé el sobre en aquel cajón hace apenas una semana.

«Hemos sido sus marionetas desde el principio.»

Resuelto el misterio, proseguí con lo que se había convertido ya en un interrogatorio:

—Hablas de cinco sujetos dignos de la muerte, pero solo habéis ejecutado a cuatro.

—En efecto: aún falta un «cabecilla» por ajusticiar.

—¿Y?

—Si acepta mi propuesta, será el último.

—¿Y se puede saber de quién estamos hablando?

—El que nos predisponía. El que nos preparaba para los embustes, los falsos milagros. El hombre que nos hizo creer a ciegas en Dios. El que acondicionó nuestras mentes para que se acomodaran en ellas los engaños.

«Jones.»

—Por curiosidad. ¿Ese hombre conoce su destino?

—No es necesario que siga fingiendo. Sabe perfectamente el nombre del próximo —y quizá último— que saboreará la venganza en nuestras manos. Y sí: conoce su inminente destino. Yo mismo se lo confesé hace dos días. —Enfatizó la palabra «confesé» de forma evidente.

«En confesión... —cavilé inmerso en un mar de pensamientos—. Ni siquiera a sabiendas de lo que le esperaba, el cura incumplió con el sigilo sacramental. Aun advirtiendo que ello le llevaría a la tumba, se mostró firme.»

Necesitaba un respiro. Los datos se solapaban en mi cabeza no dejándome discurrir con tino, concentrarme en el vital arbitraje que se me había encomendado.

—¿Y si saco mi pistola —dije de pronto—, te encañono la cabeza y te obligo a entregarme esa jodida carpeta? ¿Qué pasaría entonces?

—Que caería muerto al pisar la calle.

El preso alzó el brazo derecho como si solicitara preguntar en una conferencia, y un puntero laser, que penetró desde el exterior a través de la ventana que iluminaba la estancia, me marcó un punto rojo en el pecho.

«Me cago en la puta.»

—Voy a salir un momento al pasillo —solicité estupefacto—. Necesito meditar.

—Tómese el tiempo que necesite. No voy a moverme de aquí.

Aun con lo intrincado de la situación, sopesarla no me resultó tan complicado. Entendía perfectamente lo que me ofrecía el preso: dos opciones bien distintas. La primera, dejar que Freedom pagase por cinco asesinatos —algo que, por otro lado, iba a suceder con toda probabilidad—, obviando a las seis personas que le habían ayudado. Con ello evitaría la muerte de nueve, a los que yo debía atrapar y castigar haciendo uso de la ley y de una carpeta rebosante de datos incriminatorios. De negarme, esos nueve seres morirían; por otra parte, y por muy inmoral que pudiera parecer, merecían dicho fin. Y si consiguieron acabar con cuatro sin dejar una mísera pista... No podía olvidar que su cuerpo estaba entre rejas por su propia voluntad; mediante una fotografía y una carta «manipulada» nos guio hasta su nombre con una única finalidad: que seis de siete se salvaran de la cárcel, y que el entramado que les arruinó la vida saliera a la luz. La segunda opción consistía en desestimar su oferta e intentar salvar diez vidas humanas. Sin embargo, cada paso en falso se traduciría en una muerte. Por otro lado, me arriesgaba a que seres repugnantes que habían abusado de niños —y que según Freedom seguían haciéndolo— quedaran impunes —también a recibir un tiro en el pecho, todo sea dicho—. Y con todo lo anterior, todavía quedaba debatir el factor más triste del asunto: si declinaba la proposición de Freedom y triunfaba en mi propósito, los que acabarían encarcelados serían seis muchachos denigrados en su niñez por un grupo de pederastas sectarios.

Rumié en aquel ancho y azulado pasillo deseando escapar de allí, empinar el codo hasta destrozarme el hígado, paliar mi cansancio mental y espiritual, el desaliento de mi vida.

De pronto, lo vi claro.

«Aceptaré. No obstante, si leo el informe, compruebo ciertos datos y advierto que me ha engañado —medité apoyado en la pared—, incumpliré mi promesa e iré a por ‘Los siete’ aunque me cueste la vida.»

Así que, una vez consideradas todas las alternativas, me dispuse a comunicarle mi decisión.

EL ÚLTIMO MAL TRAGO

Pasé la noche leyendo los cien folios que Freedom me entregó, esclareciendo, dilucidando e intentando convencer a mi alma de que hacía lo correcto.

Cada página erizó el vello de mi epidermis. Cada descripción, escenificando lo que les hicieron a un puñado de jóvenes imberbes, provocó que mis glándulas sudoríparas segregaran frío. Cada maniobra urdida desde la depravación, virgen manipulada, santo susurrador, luz emanando de los cielos... Un sinfín de maldades que no merecían más que el mayor de los castigos.

En aquellas hojas se detallaba incluso cómo exhalaría Jones su último aliento. Asimismo, los motivos que le llevaron a participar en aquel despropósito: exclusivamente monetarios. No tocó jamás a un niño, cierto, pero aun así, ‘Los siete’ le consideraban —yo también— tan culpable como los que lo hicieron. Con el tiempo, se arrepintió y dejó de suministrarles muchachos. Sin embargo, como se matizaba en los escritos, el mal estaba hecho y debía enmendarse. En la actualidad, otros religiosos se encargaban de dichos menesteres. Tenía todos sus nombres.

Otras cuestiones rondaron por mi cabeza al tiempo que recorría esas palabras llenas de valiosa y desgarradora información.

«Cuando estuvimos en la casa de Freedom, a la hora de permitirnos revisarla... ¿Se hizo de rogar para otorgarle verosimilitud a sus acciones? Por otro lado... ¿Por qué no acudió con lo que tenía a las autoridades antes de iniciar los crímenes?»

En el primer asunto mi resolución era un «sí» rotundo. Me habían estado vigilando, midiendo los pasos. Antes de llamar al interfono, seguro que sabían que nos dispondríamos a registrarla. En la segunda cuestión, él mismo lo esclareció horas antes: «Y lo hemos hecho, porque de proseguir con los asesinatos nuestras espaldas quedarían al descubierto. Ellos saben que les estamos dando caza. Ya no es factible eliminarlos sin caer en manos de la ley. Pero si no nos da otra opción, si no les condena el detective Jeff Sanders, estamos dispuestos a acabar los siete entre rejas; no sin antes acabar con todos».

«Estimaban a cinco de sus «captoreos» como merecedores de la muerte. De haber aspirado a castigarles íntegramente con la cárcel, no hubieran requerido la conjura en la que me habían involucrado.

»Almas solitarias —de ahí su soltería—, que se reunían en secreto y jamás se «conectaban» de otro modo que el presencial.

»Y ese tal Martin... Supongo que le entró un ataque de remordimientos y se quitó la vida. Eso que nos ha ahorrado.»

Cuestiones que carecían de importancia en aquel momento. Lo hecho, hecho estaba, y acarrearía unas consecuencias insalvables.

Quedaba mucho trabajo por hacer. Para empezar, dejar pasar el tiempo. Lo complicado sería desvincular a ‘Los asesinos del *vía crucis*’ con los nombres que aparecían en los folios. Tenía varias ideas en mente. Pensé en enviarme la carpeta que tenía entre las manos; no sería la primera

vez que recibía pistas anónimas. En fin, ya irían surgiendo artimañas.

Aquella noctívaga y esclarecedora lectura me ayudó a calmar el juicio.



Recién cumplidas las doce de la mañana, sonó mi móvil: Dan. Aquella mañana no acudí a la comisaría usando como pretexto una intensa jaqueca. Sin embargo, ante la importancia del suceso, mi compañero se vio obligado a contactarme. Quedamos en el *Seasons*.

Me encontró sentado en una mesa apartada, con la cabeza aturdida y la sangre diluida en whisky.

—Jones se ha desplomado en plena misa de las doce —me comunicó un tanto exaltado—. Pensé que querías saberlo.

—¿Muerto?

«Como si no lo supieras».

—Sí.

—Voy para allá.

—De acuerdo. Nos vemos allí.

Conduciendo, volvió a sonarme el móvil.

—¿Sí?

—¿Cena en mi casa esta noche?

«Patricia.»

—Oye... Me encantó lo de ayer, pero...

—¿Pero qué?

—No puedo mantener una relación sentimental al uso.

—¿Quién ha hablado de relación sentimental? ¿Te apetece o no probar el *risotto* a lo Patricia Tumbler?

—Me apetece más probar a la cocinera.

—Aquí te espero, entonces.

Colgó.

Solo de imaginarme dentro de ella se me alteraba el cuerpo.



Había visitado más veces aquella iglesia que todas las existentes juntas.

Las cintas policiales cortaban el paso poco antes de la entrada al templo. Encontré a Dan al fondo, junto a Carter y Stevens; trío que me acompañaba en demasiadas ocasiones. Aproximándome al Cristo crucificado —quizá fruto de mi imaginación o los whiskys ingeridos—, me pareció ver «irregularidades» en su boca, como si la hubieran manipulado. Imaginé al Jesús de madera hablándoles a un grupo de niños ensimismados, boquiabiertos, y a los desgraciados que en las sombras posibilitaban el «milagro».

«Voy a perder la poca cordura que me queda.»

Encontré al padre boca abajo ante el altar, con el cáliz a un palmo de su cuerpo. Un hilo de vino emergía de la copa plateada serpenteando hasta su sotana, manchándola de rojo, recorriendo el suelo de lo que fue su «hogar» hasta que, como él mismo proclamaba, el Altísimo le requirió a

su lado.

La escena no guardaba relación alguna con el *vía crucis*. O al menos yo no se la encontré.

Verle allí tirado obró que mi mente retrocediera en el tiempo:

«—Hablas de cinco sujetos dignos de la muerte, pero solo habéis ejecutado a cuatro...

—En efecto: falta un «cabecilla» por ajusticiar.

—¿Y?

—Si acepta mi propuesta, será el último».

Muy probablemente, de no haber accedido a la petición de Freeman, la escena hubiera sido muy distinta, y la coloración roja que otorgaba el vino, la hubiera concedido una buena cantidad de sangre; más acorde con la quinta estación.

«Tu último y merecido mal trago, miserable.»

—¿Envenenamiento? —pregunté sin pensar, quizá demasiado apresurado.

—En efecto —dijo Stevens, que esta vez parecía haber terminado sus funciones antes de que yo empezara las mías—. A falta de concretar la sustancia, le echaron veneno en el vino de consagrar.

—¿Alguna anomalía aparte de lo que comentas?

—Sí. Hemos encontrado esto en las vinajeras.

Me entregó un pequeño papel. Me puse los guantes de látex y leí lo que llevaba escrito:

«Aquí termina mi obra. Los impúdicos han pagado por sus pecados.

Clarence Freedom».

—Mandad esto a los grafólogos —exigí colmado de sueño—. Que identifiquen la firma.

—Eso íbamos a hacer, lumbreras —musitó Carter, que lucía unas tremendas ojeras.

«Estamos todos para el arrastre.»

—Parece que ya está todo, ¿no? —Intenté mostrar resignación—. Envenenó el vino antes de su detención. Quizá nos viera venir, quién sabe. Lo importante es que no puede seguir matando.

Dan me miró de soslayo con los ojos achinados. Me importaba una mierda lo que pensara, la verdad. Aunque cierto era que no me gustaba mentirle, lo hacía por un bien común; o eso creía. Mi compañero jamás sabría la verdad: lo mejor para ambos.

—¿Dijo arrepentirse y ahora nos deja este último «recado»? No me parece demasiado lógico —expresó.

—El caso está cerrado. Punto. O al menos lo está para mí —zanjé rotundo, sin importarme un carajo lo que opinaran los allí presentes—. Si surgen nuevas pesquisas, no dudéis en llamarme. De lo contrario, me tomo la semana libre. Mañana termino la jodida terapia y necesito descansar. —El comisario asintió—. El lunes nos vemos en comisaría.

Les dejé con la boca abierta y las palabras atrancadas en la garganta. No acostumbraban a verme tan decaído; no al menos en lo referente a mi trabajo.

Fue la primera y la última vez que me tomé unas vacaciones.

Me alejé de aquella iglesia con la intención de no volver a pisarla. Ni esa ni ninguna. Y con un secreto que me llevaría a la tumba.